

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
FLACSO-ECUADOR**

**MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES  
CON ESPECIALIZACIÓN EN CIENCIA POLÍTICA  
PROGRAMA 2000-2002**

**INDIOS, MILITARES E IMAGINARIOS DE NACIÓN  
EN EL ECUADOR DEL SIGLO XX**

**Director de Tesis**

**Prof. Fredy Rivera V.**

**Lectores:**

**Prof. Felipe Burbano de Lara**

**Prof. Carlos de la Torre E.**

**CECILIA ORTIZ BATALLAS**

**QUITO, DICIEMBRE DE 2004**

---

## ÍNDICE GENERAL

Síntesis de contenido.....	7
Introducción.....	9
<b>Capítulo 1</b>	
<b>Instrumentos teóricos: lo militar frente a lo indígena.....</b>	<b>17</b>
1.1 Líneas de interpretación .....	17
1.2 La propuesta de análisis del presente trabajo .....	23
1.3 Lo militar en las culturas políticas latinoamericanas .....	24
1.3.1 ¿En dónde se asienta la diferencia entre lo militar y lo civil?	24
1.3.2 El <i>militarylore</i> de las Fuerzas Armadas latinoamericanas.....	26
1.3.3 La profesionalización de los ejércitos latinoamericanos.....	29
1.3.4 La profesionalización de las Fuerzas Armadas ecuatorianas...	30
1.4 Los fundamentos conceptuales del accionar de las Fuerzas Armadas Latinoamericanas .....	32
1.4.1 La nación y el Estado .....	32
1.4.2 La geopolítica como instrumento para entender el Estado y la Nación.....	35
1.4.3 El nacionalismo multicultural.....	38
1.4.4 Progreso y desarrollo, defensa y seguridad.....	40
1.4.5 El desarrollismo militar .....	41
1.4.6 Las elites civiles y militares .....	43
1.4.7 Indios y militares .....	45
<b>Capítulo II</b>	
<b>Un proyecto civilizatorio con enfoque defensivo.....</b>	<b>49</b>
2.1 El soldado ecuatoriano en la modernidad: la primera mitad del siglo XX .....	50
2.1.1 La presencia multifuncional y diversa del soldado moderno....	51
2.1.2 La puesta en práctica de las intenciones modernizadoras en las primeras décadas del siglo XX .....	55
2.2 La formación del soldado moderno en Ecuador.....	58
2.3 El tiempo del desarrollismo: militares, defensa, seguridad y desarrollo .....	61
2.3.1 La Junta Militar de Gobierno, una nueva intervención política institucional de las Fuerzas Armadas (1963-1966) .....	62
2.3.2 Un acto de ‘salvataje’ a la Nación.....	63
2.3.3 La fusión con el pueblo del soldado moderno.....	64
2.3.4 Defensa, seguridad y desarrollo, la adaptabilidad de estos conceptos .....	65
2.3.5 La fusión con el pueblo del soldado moderno que se traduce en ‘acción cívica’ .....	68
2.3.6 Las nuevas dimensiones del Servicio Militar Obligatorio.....	70
2.3.7 La Reforma Agraria, antigua aspiración castrense que se plasma en la realidad .....	72
2.4 La continuidad del desarrollismo en un nuevo contexto de dictadura militar (1972-1976) .....	73

2.4.1 El contexto político previo.....	73
2.4.2 El quinto y último velasquismo, la antesala a 10 años de dictadura militar .....	74
2.5 El nacionalismo revolucionario (1972-1976).....	75
2.5.1 Las alianzas con el sector civil.....	75
2.5.2 La posición antipolítica de los militares (1972-1976).....	76
2.5.3 La posición antipopulista como justificación para el ascenso militar al poder .....	77
2.5.4 El discurso antioligárquico del nacionalismo revolucionario (1972-1976) .....	77
2.5.5 El desarrollismo de la dictadura 1972-1976.....	78
2.5.6 Un proyecto ‘humanista’ de construcción nacional.....	80
2.5.7 Los indios adscritos al campo en el discurso militar.....	84
2.5.8 El mestizaje como alternativa de integración a los indígenas...	86
2.6 La transición entre la dictadura militar a la democracia (1976-1979).....	88
2.6.1 El proyecto de modernización del agro en la dictadura del triunvirato .....	91

### **Capítulo III**

#### **La modernización del agro y la integración de los indios en la comunidad imaginada: un proyecto de largo aliento .....**

<b>3.1 El Otro étnico: la mirada hacia los indios desde los ‘no indios’....</b>	<b>96</b>
<b>3.2 La crisis del agro serrano.....</b>	<b>99</b>
<b>3.3 Cuando los indios no eran aptos para la defensa nacional.....</b>	<b>100</b>
<b>3.4 La modernización del agro.....</b>	<b>101</b>
<b>3.5 La influencia de agentes externos en los procesos de modernización del agro .....</b>	<b>103</b>
<b>3.5.1 La Guerra Fría y la política reformista.....</b>	<b>103</b>
<b>3.5.2 Los organismos de desarrollo con aporte estadounidense.....</b>	<b>105</b>
<b>3.5.3 Las estrategias de intervención de la Misión Andina.....</b>	<b>106</b>
<b>3.5.4 el enfoque de desarrollo de la comunidad en la visión de las Fuerzas Armadas .....</b>	<b>108</b>
<b>3.5.5 La Alianza para el Progreso y los intereses militares.....</b>	<b>111</b>
<b>3.5.6 La visión desarrollista de la CEPAL.....</b>	<b>111</b>
<b>3.5.7 La CEPAL en la opinión de los miembros de las Fuerzas Armadas .....</b>	<b>112</b>
<b>3.5.8 Los nuevos organismos externos de intervención en décadas posteriores .....</b>	<b>113</b>
<b>3.6 Las influencias internas en la consecución de la modernización del agro.....</b>	<b>114</b>
<b>3.6.1 La Iglesia Católica y el proyecto de modernización del agro .....</b>	<b>116</b>
<b>3.6.1.2 La participación de la Iglesia en la organización de los indígenas en la Amazonía .....</b>	<b>118</b>
<b>3.6.1.3 La participación de la Iglesia en la integración indígena desde distintas opiniones militares .....</b>	<b>119</b>
<b>3.6.2 La influencia evangélica .....</b>	<b>121</b>
<b>3.6.3 La participación de la izquierda en la integración indígena.....</b>	<b>122</b>
<b>3.6.3.1 Izquierda y militares .....</b>	<b>125</b>

3.6.4 Los impulsos de modernización del agro desde lo local, a partir de la década de los 80 .....	131
3.6.5 Los terratenientes frente al proceso de modernización del agro .....	131
3.6.5.1 Las aspiraciones de modernización del agro desde el sector terrateniente .....	133
<b>Capítulo IV</b>	
<b>La respuesta indígena: la integración como opción política (1980-2000)....</b>	<b>136</b>
4.1 El retorno a la democracia, la nueva mirada de las elites no indias hacia los indios.....	137
4.1.1 Un nuevo orden político enmarcado en la sucesión.....	138
4.1.2 El 'bajo perfil' de las Fuerzas Armadas (1979-1990).....	139
4.1.3 La continuación del orden sucesorio (1984-1988) y la consolidación política identitaria de los indios .....	140
4.1.4 Un nuevo momento integracionista en un contexto democrático (1988-1992) .....	142
4.1.5 Una nueva experiencia democrática enfocada desde la derecha (1992-1996) .....	144
4.2 La ruptura del orden sucesorio (1997-2000).....	145
4.2.1 La mayor crisis en los últimos diez años.....	148
4.3 El proceso de consolidación del movimiento indígena.....	152
4.3.1 Una breve entrada teórica para la comprensión de los movimientos sociales .....	154
4.3.2 Una mirada al proceso de organización indígena en el Ecuador .....	155
4.3.2.1 Las particularidades del caso de los indios amazónicos.....	158
4.4 La respuesta indígena, un discurso de 'doble faz'.....	160
4.4.1 La respuesta indígena a la acción desarrollista de los militares .....	161
4.4.2 Una respuesta negociada y con acuerdos previos.....	163
4.5 Un contexto internacional que favorece al nuevo posicionamiento de las elites indígenas.....	165
4.6 Los repertorios de la protesta indígena .....	167
4.6.1 El primer levantamiento: junio de 1990 .....	167
4.6.2 La marcha indígena de 1992 .....	171
4.6.3 El levantamiento de 1994 .....	172
4.7 El indio que imaginan los indios .....	173
4.7.1 Las 'nacionalidades' de los indios y la 'Nación' de los militares .....	173
4.7.2 La nueva presencia de los soldados indios en el frente de defensa de una misma Patria .....	175
4.7.3 La integración indígena por la vía política con los militares.....	176
<b>Capítulo V</b>	
<b>Indígenas e imaginarios de Nación: el discurso militar de fin de siglo.....</b>	<b>179</b>
5.1 El discurso sobre la Nación .....	180
5.1.1 Las amenazas que asechan a la Nación .....	186
5.1.2 Las aspiraciones de reconocimiento de los indios a las nacionalidades	

indígenas: una amenaza combatida por los militares.....	187
5.2 La oligarquía y los políticos.....	190
5.2.1 El apoliticismo, ¿les da la libertad de participar en el desarrollo? ...	192
5.3 El comunismo: antes y después de la caída del muro de Berlín.....	193
5.4 Un nuevo giro a la modernización y al desarrollo bajo un mismo concepto defensivo .....	194
5.4.1 El ‘apoyo al desarrollo’: una nueva concepción de la seguridad tras la firma de la paz .....	195
5.5 El Servicio Militar Obligatorio .....	199
5.6 ¿Por qué los militares? .....	200
5.6.1 La capacidad del militar para coordinar las acciones.....	202
5.6.2 Una autopercepción mesiánica.....	204
5.7 Los indios organizados en el discurso militar en las últimas décadas del siglo .....	206
5.7.1 La racialización de la diferencia como contradiscurso frente a la organización indígena.....	207
5.8 Las distintas caras de la guerra.....	209
5.8.1 La utilización de la guerra como instrumento de integración y la presencia de un nuevo actor político .....	213
5.9 Indios y militares: los estragos de fin de siglo.....	214
<b>Capítulo VI</b>	
<b>Reflexión final.....</b>	<b>217</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>223</b>
<b>Anexo.....</b>	<b>239</b>

## CAPÍTULO V

### INDÍGENAS E IMAGINARIOS DE NACIÓN: EL DISCURSO MILITAR DE FIN DE SIGLO

Entre los 80 y 90, a más del retorno a la democracia, se presenta un contexto cambiante, definido como tal por una serie de hechos que significan momentos de inflexión para la participación militar en la historia sociopolítica del país. Así, la derrota de Paquisha frente a Perú, en el 81; el fin de la Guerra Fría, en el 89; la irrupción con mayor fuerza de los indígenas como grupo aglutinado orgánicamente por su diferencia étnica, a partir de 1990, que cuenta con el aval de los acuerdos internacionales de reconocimiento de derechos étnicos signados por Ecuador y el respaldo de la opinión internacional que recuerda los 500 años de explotación a los indios; la Guerra del Cenepa frente a Perú, en 1995 y la firma del tratado de paz con ese mismo país, marcan los cambios en la pauta de la presencia institucional de las FF. AA. en este fin de siglo, y en el actual, que comienza con el episodio que pasa a la historia como la “asonada indígena-militar” del 21 de enero de 2000<sup>1</sup>.

Este capítulo parte del supuesto de que los cambios en los contextos tanto internos y externos, entre los que es un factor importante la eclosión de los indios en la escena pública, obliga a los militares a readaptar su discurso y acción frente a los indios de maneras más drásticas con relación a las que se habían aplicado hasta entonces. Además, el cambio de timón que provoca para las FF. AA. la firma del tratado de paz con el Perú, implica un reacomodo también en sus acciones a favor del desarrollo agrario y ello provoca mayores acercamientos entre indios y militares que desembocan en la eclosión de los indios como actores políticos en una acción conjunta con una de las facciones de las FF. AA. y se sella así una alianza indígena-militar que toma visos de cooptación política por este sector de los militares que consigue debilitar al movimiento indígena.

Se analizan algunos temas que son constantes en el discurso militar, para verificar los cambios que se registran en sus contenidos, especialmente frente al tema indígena, y cómo se van adaptando a la respuesta de sus interlocutores -los indios-

---

<sup>1</sup> El contexto sociopolítico de la época y su desenlace final se halla expuesto en el capítulo 4 del presente trabajo.

frente a las fórmulas integracionistas; se estudia el rumbo que toma su proyecto de construcción nacional/societal en un momento en que los indios consiguen los mayores avances en su proceso organizativo y finalmente irrumpen en la escena pública, hasta convertirse en actores políticos. Se verifican las variaciones en las funciones que cumplen los militares en el nuevo contexto que se registra a fines del siglo XX e inicios del XXI, que responden a las que, desde su perspectiva, son las necesidades de defensa y seguridad del país en un nuevo contexto internacional, y que se ajustan, a su vez, a los intereses individuales y corporativos de los integrantes de las FF. AA.

Como ya se ha observado para el caso ecuatoriano, el retorno a la democracia, auspiciado por los propios militares, no implica de manera alguna, que las actividades de las FF. AA. se hubieran restringido a la defensa desde el frente externo. Su paso por el poder les permite, más bien, garantizar la continuidad de su participación en la sociedad tanto al interior como al exterior de sus ámbitos corporativos, en gobiernos tanto civiles como militares e intensifican su presencia, como se da en el caso del desarrollo agrario. Una lectura cronológica del discurso militar permite elucidar cómo se vive el retorno a la democracia entre los miembros de las FF. AA.

Se toman para el efecto los aportes de los cursantes del IAEN, así como otras publicaciones que reflejan el pensamiento militar; se cuenta asimismo con la opinión de miembros representativos de las FF. AA. con quienes hubo un acercamiento personal. Han sido de mucha utilidad las entrevistas realizadas por Fidel Falconí en el año 91, a distintos actores militares clave en esos momentos, a raíz del primer levantamiento indígena y que opinan sobre los temas que nos ocupan en el presente trabajo<sup>2</sup>.

## **5.1 El discurso sobre la Nación**

El tema de la construcción nacional como única e indivisible se deja sentir con fuerza en el pensamiento militar, alude principalmente a la necesidad de la creación de una conciencia colectiva de pertenencia a la nación como medio defensivo. La premisa de “vivir en unidad, concordia y paz, en esta tierra grande y heroica” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 7) resume, de alguna manera, los objetivos de quienes comparten una nacionalidad, según el pensamiento militar de fines

---

<sup>2</sup> Estas entrevistas se reproducen *in extenso* en los anexos a sus tesis de Maestría que reposa en la Biblioteca de la FLACSO, Ecuador Falconí (1991).

del siglo XX. Ser integrante de la nación implica, desde esta visión, que el colectivo de ecuatorianos comparta “ideales, acciones y esperanzas” para conseguir la Patria unida a partir de “esfuerzos de los ciudadanos ligados por una misma responsabilidad” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 8).

La responsabilidad que comparten los ciudadanos -civiles y militares- radica en la defensa de la Patria, la defensa entendida como un hecho colectivo, concepto que halla continuidad en la retórica castrense, y que como se ha podido observar, entre los soldados ecuatorianos para el caso del presente estudio, se remontan a los inicios del siglo XX. El soldado moderno, está al servicio de la integridad y la defensa de la soberanía nacional, tiene a su cargo generar y mantener la unidad de los connacionales y fundirse con ellos en la defensa de la Patria, como medio para fomentar una efectiva pertenencia ciudadana.

Para obviar una posible obstrucción a la unidad dada por la diversidad en Ecuador se rescata al mestizaje como la vía adecuada porque permite la consolidación de “una sola alma nacional”, en la que confluyen “múltiples herencias armonizadas en un mismo ser” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 8).

[...] confluencias de sangre diversas corriendo por un cauce común; y que todas ellas le dan la suprema sensibilidad para la unidad, como una misma luz de espíritu sobre la firme base de sus emociones, que trae el equilibrio, la madurez mental, la firmeza para la renovación y evolución, como nexos de continuidad y perseverancia (Ministerio de Defensa Nacional, 1986: 9)

El mestizaje como la base de la configuración societal de la nación, que se presenta ya con intensidad en el discurso nacionalista revolucionario de los años 70, se proyecta mayor solvencia en el pensamiento militar de los 80 y toma vigencia como respuesta a las propuestas indígenas que se basan en el respeto a la diferencia y que se dejan sentir para entonces. La fuerza de las nociones de desindianización baja de tono hacia los ochenta cuando va ganando espacio la necesidad del reconocimiento de la condición multicultural del Ecuador, y se dan muestras de una nueva percepción hacia los indios. Sin que puedan dejar del todo el sesgo racista de desprecio en las formas de concebir y expresarse sobre el Otro (Tcrn. L. Burbano, 1991) o de considerar que pueden tomar decisiones sobre sus destinos. Prima una actitud conciliadora que busca proyectar una perspectiva más amplia del significado de la diversidad étnica y de la necesidad de promover procesos homogeneizadores desde esta dimensión.

Este modelo integrador está diseñado desde fuera de las comunidades indígenas, por ello propone que quienes participan en la planificación de sus políticas deben

acercárseles y conocerlas para de esta manera definir acertadamente los “valores y características que deben desarrollar los indígenas” para integrarse a la cultura dominante y los que se eliminen (Cml. E.M. M. Suárez, 1988: 26). Hasta aquí no difiere mayormente del un modelo original, “Alas para la Salud” auspicia un “proyecto crítico y formativo” que cuestiona los saberes tradicionales de salud para introducir “cambios estructurales de la práctica sanitaria” (M. Snd. Avc. J. Larreátegui, 1989: 76); tampoco cuando se demuestra preocupación porque el proceso no signifique enfrentamientos “atropellos, violencias, choques o desequilibrios [...]”(Cml. E.M. Manuel E. Suárez 1988: 26) pues mantiene su vocación preventiva y disuasiva; el matiz aparece cuando propone que los indios deben participar en este proceso y dar sus opiniones al respecto, una suerte de intercambio cultural pero asimétrico, porque los no indios no van a tener cambios estructurales en su cultura.

Pese a que las ideas del respeto a la cultura del Otro ya está presentes en cierta forma, tanto en la retórica como en la práctica: cuando se permite el *huango* a los soldados kichwa o cuando se sugiere que la educación fuera en lengua materna con maestros que les enseñen en sus propias lenguas, las coyunturas de las últimas décadas del siglo obligan a dar giros más radicales a las concepciones sobre la integración, una vez que el discurso indígena (que no se había dejado sentir como hasta esos años) apela no sólo al reconocimiento de su diversidad sino a que se le restituyan derechos no reconocidos a lo largo de la historia. Demanda, sobre todo, el respeto a sus ‘nacionalidades’ y lo hace a través de una organización capaz de cuestionar el orden establecido. Para los militares, ello implica resignificar su estrategia frente a un nuevo interlocutor, con un lenguaje que se acerca al suyo propio -¿una nueva amenaza?-.

Fustigados por estas urgencias, los espacios de opinión de las FF. AA. se convierten en corolarios de ideas sobre la nación, los indios, los roles de las FF. AA., que confluyen todas en la necesidad de enfrentar el problema para defender de la integridad nacional y, de una u otra forma, recomiendan salidas preventivas ante las nuevas condiciones, que confluyen con otras más radicales.

El discurso contrario a la conformación de nacionalidades halla distintos argumentos, entre los que sobresale el del reconocimiento de la pluriculturalidad: las nacionalidades no concuerdan con la integración que es uno de los objetivos nacionales permanentes (Tcm. L. Burbano, 1991: 53). En esta discusión sobre el tema, ‘las nacionalidades’ de las que hablan los indios, no equivalen a ‘la Nación’ –moderna–, apelan al sentido cultural de las distintas etnias, son “grupos étnicos organizados que

tienen culturas diferentes” (Fiallo, 1992: 80), por tanto, lo válido es reconocer al Ecuador como pluricultural. Se ve necesaria la “participación activa y directa de esa población para expresar sus pensamientos y deseos en la proyección de sus destinos, en la defensa y desarrollo de sus formas y valores, con miras a un bi o pluriculturalismo en el país [...]” (Tern. N. Gudiño, 1991: 68). El reconocimiento a la pluriculturalidad, es una salida a la división que podría causar el multinacionalismo, es correcta y apegada a la realidad; sin embargo, se debe optar por salidas que medien en conflicto (Gallardo, 1998: 20). Se reconoce la necesidad de pensar en una forma de Estado “donde la multiculturalidad sea posible con base en el diálogo pacífico, sereno y constructivo” (Dirección de Inteligencia de la Fuerza Terrestre, 1998: 77).

Los militares se sienten obligados a proteger los derechos colectivos, por tanto, no pueden aceptar la autodeterminación y autonomía que demandan de los indígenas porque van en contra de los derechos de la gran mayoría de ecuatorianos, quienes han conformado una sociedad fruto del “mestizaje sanguíneo y cultural, producto del descubrimiento de América”. Tales aspiraciones de autodeterminación de los pueblos indios “traen una serie de riesgos y peligros que podrían dar lugar a que se desarrollen resistencias, críticas y luchas de razas y culturas [...]” (Tern. N. Gudiño, 1991: 92); es decir, ‘alborotarían’ el orden interno. Por otro lado, si la Constitución política acoge el derecho de asociación, no es necesaria la creación de “gobiernos paralelos”. Se llama la atención en cuanto al significado del autogobierno, “el gobierno es el ejercicio de la soberanía del Estado por la autoridad designada” (Fiallo, 1992: 80-82); los indios en esa medida, tienen que acogerse a la autoridad nacional.

Las voces más optimistas, que se elevan entre los militares en ese contexto recomiendan que la salida válida para estructurar lo diverso en una sola unidad está en el construcción de un proyecto consensuado de nación, en el cual la diversidad se materialice en la práctica, en el ámbito operativo. Los militares tienen las armas también en este campo, porque el desarrollo contribuye a la construcción de esa comunidad imaginada en la medida que permite “la realización material y moral del hombre ecuatoriano” (Moncayo, P. 1996: 77). Nótese que aparece el elemento del consenso como otro de los recursos de la retórica, lo que deja pensar en un cambio de posición en la relación hacia los indios; sin embargo, las políticas de intervención en el desarrollo que ya fueron trazadas mucho tiempo atrás fuera de los límites del consenso, se mantienen en la práctica. Varía en el hecho de que se consultan las necesidades de las comunidades a los dirigentes indios para solucionarlas, en las tareas de la acción cívica.

Este consenso es entendido a través de la participación del indígena con base en el respeto mutuo y, por parte de los no indios, con una actitud de tolerancia a la diferencia a su identidad, su lengua, su cultura y sus tradiciones (Crm. EM. N. Gudiño, 1991: iii) a los que se suman “costumbres y particulares puntos de vista” (Tcrn. L. Burbano, 1991: 47). Se mantiene la necesidad de una participación mancomunada que involucre el diálogo “trabajando conjuntamente en el análisis y solución de problemas” (Tcrn. L. Burbano, 1991: 47)<sup>3</sup>. Se celebra que los indígenas hacia la década de los 90, se hallen ya entre los estudiantes de las universidades, a las que hasta entonces había asistido sólo población urbana no indígena. Se aplaude la participación política de los indígenas en cargos de dirección local habida cuenta que esto exigirá a los candidatos empaparse de la problemática de este sector e integrarla en sus ofertas de campaña al competir con ellos para conseguir posiciones. Por otro lado, al hacerlo por su propia mano conseguirán superar las limitaciones que históricamente les han afectado y se superarán las formas en que se ha buscado integrarlos regularmente, que no respetan las características propias de su cultura, con estrategias discriminatorias.

Se toman como modelos de integración a Eugenio Espejo, a los otavaleños y se enfatiza en que su éxito radica en la capacidad de asimilación de la cultura dominante en simbiosis con su ciertos rasgos de su cultura ancestral: “que han adoptado formas claras y definitivas de la economía blanco-mestiza, han logrado el dominio del castellano” (Tcrn. EM. N. Gudiño, 1991: 82), y si bien se lamenta que en algunos casos hubieren perdido el kichwa, ello no quita que mantengan una “actitud franca y sincera de adhesión a sus grupos y cultura; a su raíz india” (Tcrn. EM. N. Gudiño, 1991: 82). Se critica la deficiencia de las escuelas, que imparten enseñanzas “idénticas a las de los grupos blanco-mestizos del sector urbano”, sin tomar en cuenta que deben implantarse formas educativas diferenciadas, u otras iniciativas de integración en las que prime el criterio indígena (Tcrn. EM. N. Gudiño, 1991: 18).

El discurso integrador que, como se ha visto, se deja sentir ya desde la primera mitad del siglo XX, no ha perdido su esencia a fines del mismo siglo, aunque con nuevos ingredientes, se mantiene la noción de que la integración debe darse entre los distintos estamentos de la sociedad y de parte de los militares hacia los civiles. Los

---

<sup>3</sup> Se nota sin embargo, en los discursos de algunos miembros de las FF. AA., el caso de Luis Burbano es uno de ellos, es aún endeble, pues si por un lado ve a la cultura indígena y a los indígenas de la Sierra y Amazonia como primitivos y débiles mentales debido a una suerte de determinismo geográfico, que es la que define su condición de inferioridad, plantea, paralelamente, la necesidad de integración que respete la diferencia y las características propias de la cultura indígena; lo cual resta consistencia a los contenidos de este discurso (Tcrn. L. Burbano, 1991).

afanes integradores que dirigen los militares hacia los indios que al finalizar el siglo, dan muestras de un cambio cualitativo a través de la organización y la participación política, adquieren rasgos clientelares a través de encuentros y prácticas que toman semejanza con el proselitismo electoral, en un tono de campaña a favor de la integración: “este encuentro tiene como finalidad hacer integración nacional [...] y recomienda la unión y el trabajo conjunto de los indios con los otros sectores de la patria” (Ministerio de Defensa Nacional, 1993: 71). Si a inicios de siglo XX el proyecto militar impone a los hacendados dar educación a los indios, a fines de siglo se los invita a las universidades –y ellos aceptan– creadas por los militares para la formación técnica de sus cuadros, ahora también lo son para los indios, cuyo estadio en su proceso de modernización lo demanda.

Desde una posición más radical, que se apega al significado de lo homogéneo como parte constitutiva de lo moderno, se alega que se trata de una “integración nacional”, es decir que trae consigo una idea determinada de nación que se inscribe en un proceso de modernización, y por tanto, es entendida como un hecho participativo en el que se articulen todos aquellos que se sientan adscritos a este estilo de Nación (Grab. C. Mendoza, 1996: 29). Este tema mantiene su latencia hasta finales de siglo, aunque con mayor claridad en cuanto a la necesidad del establecimiento de un “proyecto nacional” que se establezca con base en un consenso, sin embargo, se enfatiza en que ese consenso tenga como base los “intereses del Estado” ¿quién define los intereses del Estado?

Los militares se ven obligados a matizar el contenido de su proyecto nacional tradicional en el que los indios tenían un sitio determinado, replantean ciertos sesgos de su discurso para salvaguardar los intereses del Estado. Se rechazan las actitudes “regionalistas y divisionistas” para lo cual se requiere de una “tesis nacional” (Grab. C. Mendoza, 1996: 35). Sólo así se puede hablar de justicia social, con respeto a la dimensión humana. Estos argumentos explican que la intervención en política de los indios responda a la situación económica que han vivido históricamente.

A fines de los 90, cuando la continuidad de las actividades castrenses se ve alterada por dos factores definitorios: el final de la Guerra Fría y la firma del Tratado de Paz con el Perú, con unos indios que ya se habían ‘levantado’ desde los inicios mismos de la década, se distingue una retórica que refuerza la idea de la comunidad imaginada desde el ámbito militar, factor que continúa en construcción. Desde esta perspectiva, la sociedad debe girar en torno a un “Estado fuerte”, con “ciudadanos fuertes”; este ideal

de nación debe cimentarse en la igualdad y no en la diferencia entre sus integrantes, debe disponer de un “centro de gravedad estratégico” que proporcione poder a la Nación (Tcm. E. Vaca Rodas, [1999]: 21), ese es el Estado al que los militares creen representar y esta es la vía de solución al problema de la diversidad. Sin embargo, tampoco su práctica es igualitaria con respecto a los indios, éste debe leerse como un discurso que da una respuesta parcializada a la noción de diferencia a la que apelan los indios.

El activismo indígena tiene su logro en la nueva Constitución, emitida en 1998, al conseguir que en el primer artículo se reconozca el carácter plurinacional y multiétnico del Ecuador, no obstante la sospecha que la propuesta sigue causando entre los militares; sin embargo, cinco años más tarde, el proyecto societal de los militares es un hecho dado, uno de sus representantes opina con beneplácito que los indios están ya integrados, porque han adoptado muchas de las formas de relacionarse con el resto de la sociedad, cabe verlos ya con otros ojos, es decir, han aprobado su paso por procesos civilizatorios, ya no cabe la sospecha (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre, 2003).

Ya en los albores del siglo XXI, el mestizaje como opción integracionista se mantiene en el imaginario militar de fin de siglo y se la vislumbra como el futuro nacional desde el punto de vista societal:

De aquí a unos 300 años todo el país será mestizo, porque no puede ponerse cortapisas a las situaciones naturales de la vida. Las cosas tienen que darse en forma natural no atropellando. Si quieren conservar vestido y tradiciones, no hay para qué entrar a contrariar eso, se van a integrar espontáneamente<sup>4</sup> [...] (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre, 2003).

### *5.1.1 Las amenazas que asechan a la Nación*

La presencia de amenazas justifica la razón de ser de los militares en la sociedad como garantes del orden que necesita la nación para su supervivencia; las FF. AA. intervienen en las distintas sociedades cuando “no se consigue un estado ideal de equilibrio” y, en esa medida, la sociedad no deja de constituir su objeto de protección. Ello implica identificar las amenazas y establecer una organización capaz de enfrentarlas (Cml. J. Hernández y Cml. Avc. J. Burgos, 1993: 2). Las amenazas contra la nación continúan siendo las mismas en este fin de centuria, desaparecen algunas, se generan otras o se dota de una nueva fachada a las preexistentes.

---

<sup>4</sup> Habría que preguntarse si espera que todos se corten el huango, de aquí a 300 años, o si el huango y los vestidos tradicionales ya no estorbarán a los ojos de los no indios

### *5.1.2 Las aspiraciones de reconocimiento de los indios a las nacionalidades indígenas: una amenaza combatida por los militares*

Al interior de la institución castrense se evidencia, a inicios de los 90, una resistencia a admitir abiertamente que los indios con sus demandas de reconocimiento de derechos diferenciados fueran una amenaza para sus ideales de nación burguesa, “No los tomamos como amenaza. Lógicamente, no concuerdan con la unidad nacional, pero una amenaza en sí, no.” (Oficial Coordinador de la Brigada Galápagos. Cfr. Falconí, 1991: 68). Quien lo ve así parte de la relación de cercanía que existe históricamente entre indios y militares.

Nosotros conocíamos cómo eran los indios y no los tomábamos como enemigos, hicimos un gran esfuerzo porque el gobierno trabaje efectivamente con los indígenas, que solucione sus problemas, preparamos planes (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre, 2003)<sup>5</sup>.

Al iniciar la última década del siglo, cuando en junio de 1990 los indios protagonizan el primer levantamiento de los últimos años, hay un sector de las FF. AA. para quien los indígenas organizados en son de protesta por la reivindicación de sus derechos no deben ser vistos como una “nueva amenaza”, sino como el resurgimiento de un viejo problema con nuevas características más “dramáticas” ante la pauperización de la mayoría de la población que degenera en muchas formas de violencia. Desde esta perspectiva, las insatisfacciones de los grupos indígenas, las contradicciones internas de la sociedad que lejos de solucionarse tienden a profundizarse y a proyectarse en el tiempo con visos de mayor gravedad, continuarán constituyendo “amenazas a la seguridad de la nación” (Crnl. J. Hernández y Tcm. Avc. J. Burgos, 1993: 50). Una vez más, no se ve el problema desde el punto de vista étnico, sino desde el de las necesidades apremiantes de los indios, que lo reducen a un problema económico.

Este discurso toma fuerza luego de otra campaña de protesta de relevancia significativa, protagonizada por un sector de las comunidades amazónicas, aglutinadas en torno a la Organización de Pueblos Indígenas de Pastaza, en 1992<sup>6</sup>. Los militares, expresan sus temores sobre los pedidos indígenas de reconocimiento a la multinacionalidad y la territorialidad, consideran que estos planteamientos no

---

<sup>5</sup> Para los indios, los militares no los consideraban peligrosos porque, desde una perspectiva racista, los subestiman y los ven como incapaces de proponer sus propios proyectos (Dirigente de la CONAIE. Cfr. Falconí, 1991: anexos).

<sup>6</sup> Los levantamientos indígenas son tratados con amplitud en el capítulo 4 del presente trabajo.

conducen “ni con la realidad ni con el tiempo” y que van en contra del principio defendido por las FF. AA. sobre la protección de la unidad nacional (Tern. F. Fiallo, 1992: 68). Se considera que las demandas de plurinacionalidad se circunscriben a la zona amazónica, es allí donde radica una amenaza de este tipo, no así entre los habitantes de la Sierra (Oficial coordinador de la Brigada Galápagos. Cfr. Falconí, 1992: 67). Sin embargo, el levantamiento de 1994, en contra del nuevo proyecto de Ley de Fomento Agropecuario que se intenta introducir durante la administración de Durán-Ballén, también involucra a los indígenas de la Sierra en esta visión territorialista, y desde el sector castrense se recomienda “detener la aplicación de una ley agraria perjudicial, para posteriormente, con los dueños de las tierras, proceder a formular una ley más acorde con el tiempo y sus aspiraciones” (Dirección de Inteligencia de la Fuerza Terrestre, 1998: 77).

Se califica como “desorientadas, erráticas y contradictorias” las expresiones del presidente Borja en torno al tema de reconocimiento del Estado ecuatoriano como multinacional, en vista de que las sociedades que reclaman para sí tal distinción, no pueden ser consideradas en este sentido pues se trata de agrupaciones que previa la conquista, máximo llegaron a conformar “confederaciones y agrupaciones tribales que no pasaron más allá de ser etnias organizadas, pero de ninguna manera naciones” (Fiallo, 1992: 80). Desde este ángulo, el concepto de lo plurinacional debe ser tomado más allá de lo antropológico; el problema radica en que servirá como base para la estructuración de nuevos estados, “Esta actitud no sólo atenta contra la estabilidad democrática sino además atenta contra la supervivencia del Estado ecuatoriano”. El discurso de la dirigencia indígena despierta la sospecha militar ante el divisionismo que puedan causar los movimientos que defienden intereses grupales como los étnicos, por tanto, cabe verlos como amenaza a la integridad del Estado, por constituir tendencias divisionistas o separatistas, a las que se juntan la pobreza y desocupación, los bajos niveles de educación, los grupos de poder político y económico sin sentido de Patria, los grupos sociales que demandan reivindicaciones históricas, la falta de identidad nacional, de allí que las FF. AA. busquen formas para combatir las amenazas (Grab. C. Mendoza, 1996: 34).

Este discurso mantiene su vigencia y si bien hay momentos de mayor intensidad, existen otros en que cambia de tono conforme se provocan acercamientos o distanciamientos entre indios y militares. En 1995, con la participación indígena con su contingente militar en la guerra del Cenepa y el triunfo ecuatoriano, la visión militar de

la relación de los indios con la nación imaginada -por los militares- despierta un sentimiento de admiración patriótica y las sospechas en contra de la adscripción indígena a ese imaginario de nación se desvirtúan en gran medida,- lo que también ocurre desde los indios hacia los militares-.

Parte del éxito militar del último conflicto con el vecino país del sur fue la participación patriótica de algunos pueblos ancestrales de la región amazónica, que apoyaron las acciones militares en momentos decisivos para nuestra Patria [...] (Tncrm. A. Fiallos, 1997: 79).

A fines del 2003, las opiniones de los oficiales revelan que los temores por el separatismo indígena, que preocupan a las FF. AA. durante la década anterior, fueron infundados y los indios que pasan al bando de los aliados. En todo caso, si bien los conceptos han ido variando ello no cambia que en el pensamiento militar exista una sola nación. Se acepta que los indios tienen un concepto diferente cuando hablan de las “nacionalidades”, actitud que se adapta al proceso que ha sufrido ese punto de vista también entre los indios, y asumen la posición indígena como viable:

Al principio hubo mucho temor de que eso fragmente al Ecuador, inclusive territorial y físicamente. Pero vemos que eso no ha sido cierto, han pasado ya muchos años para determinar que el Estado ecuatoriano, como tal, es una realidad permanente y está constituida por varias nacionalidades. Desde las Fuerzas Armadas se entiende, se acepta mucho la diversidad (Entrevista N. 2 del 18 de noviembre, 2003).

En el 2003 la integración indígena no sólo es vista como un hecho dado, sino que se considera un “proceso saludable” para el país; ello se demuestra porque los indios, han adquirido cualidades que resultan positivas en la escala de valores militares: tienen sentido de la organización, disciplina, son fuertes y recios; dan muestras de su capacidad de participación política con buenos niveles de representatividad de sus comunidades a través de los cargos que han ocupado ya sea en el Congreso, en las alcaldías, concejalías de sus localidades y su participación, aunque transitoria, en el gobierno del Crml. Gutiérrez” (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre de 2003).

Es interesante contrastar con el paso del tiempo, la opinión de este militar. Durante los 90, expresa su oposición a la propuesta indígena al afirmar que “las nacionalidades son excluyentes y que por lo tanto, tienden a la dispersión. Constituidas las naciones, su siguiente paso es transformarse en estados” (Gral. José Gallardo, 1998: 22). Pasados los años y los hechos, hacia el 2003, reconoce que inicialmente, preocupa mucho a los militares la posición de los indígenas, pero ésta ha “cambiado bastante”, una vez que cuando surgen insisten con fuerza en la aceptación de la plurinacionalidad, que para ellos significa “preservar su derecho a mantener su cultura y tradiciones”, los militares no desconocen tales derechos, sino que los ven como

“absolutamente legítimos”, los temores de los militares, radican a inicios de los 90, en el peligro de secesión que podía darse en las zonas fronterizas:

En este país tan recortado. Yo tenía mucha preocupación, pero después he observado que los indígenas hablan de sus nacionalidades pero ninguno se contrapone con la nación ecuatoriana como tal (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre, 2003).

Es decir que finalmente, ambas propuestas se resumen en un problema meramente semántico y, en esta medida, la posición de los indios no afecta a la integridad nacional, los indios dejan de ser una amenaza y más bien se convierten en aliados en la construcción de este mismo proyecto de Nación.

## **5.2 La oligarquía y los políticos**

La oligarquía representada por los “grandes terratenientes, plutócratas y explotadores” es una amenaza que continúa presente y a la que los militares se ven obligados a repeler en bien de la nación, pues, controlada por la oligarquía, se mantiene en una situación de injusticia y dependencia, pues la riqueza no ha podido serles arrebatada (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 10).

Los políticos constituyen también amenazas contra la nación, ellos actúan con “demagogia y se escudan en sofismas como norma de gobernar a los pueblos” (Trcnl. de E.M. G. Monteverde, 1986: 123). Los responsables de la situación de los sectores marginales son los políticos que conjuntamente con la oligarquía mantienen su lugar en este imaginario como el enemigo interno al que hay que combatir. Por ellos, los indios sufren deterioro biológico al no haberles garantizado una buena alimentación ni atención médico-sanitaria. Son analfabetos porque se les niega el privilegio de las letras. Sus patrones son los responsables de su marginalidad, discriminación legal, carencia de una presencia significativa en la vida política, económica y social del país (Gral. J. Gallardo, 1998: 20). Este discurso justifica, una vez más, la presencia de las FF. AA. en campos a los que el Estado oligárquico no ha entrado por su incapacidad de dimensionar la presencia india y sus necesidades.

La retórica militar contraria a la política partidista, encuentra negativos sus afanes proselitistas que no coinciden con los intereses de la Nación. Al desprestigiar a los políticos reproduce el imaginario ideal que sobre sí mismo pretende proyectar el militar, quien actúa en forma sincera, ajustada a sus principios, a su formación, a esta nueva concepción de su papel dentro de la sociedad, adscrita a la consecución del

desarrollo. Las FF. AA. no constituyen un partido político y de allí que sus afanes no busquen adeptos, su único interés es el de “hacer Nación” (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991:72).

Los militares aspiran al desarrollo en ‘afán de servicio’ para con el pueblo: “nuestro interés no es político ni religioso, sino procurar que las comunidades indígenas salgan de su retraso social y económico y que se les satisfagan todas sus necesidades, capaz de que tengan buena salud, buena educación” (Oficial Coordinador de la Brigada Galápagos. Cfr. Falconí, 1991: 71). Su participación es inofensiva porque, en el militar no hay ningún provecho, sino el de su pueblo, el interés real de buscar las soluciones. (Oficial coordinador de la Brigada Galápagos Cfr. Falconí, 1991: 72.).

Civiles y militares, desde esta perspectiva, “concuerdan en que el pueblo ecuatoriano es gobernable y que la ingobernabilidad radica en la clase política y la organización del Estado...” (Moncayo, P. s/f: 14)<sup>7</sup>. Así, el discurso castrense a favor de los indios se convierte en motivo más de denuncia contra los partidos políticos tradicionales a quienes la eclosión del movimiento indio como actor político sorprende “sin propuesta sobre la cuestión indígena, sin capacidad para asumir su representación y sin posibilidades para hacer de las organizaciones indígenas sus clientes o filiales” (Tcm. N. Gudiño, 1991: 95)<sup>8</sup>. ¿Quiere decir acaso que los militares, en contraposición a los políticos, sí controlan los pasos del movimiento indígena y sí actúan para convertirlos en sus “clientes o filiales”?

Se atribuye al mal manejo de los partidos políticos tradicionales, la denigrante situación de los indígenas, pues éstos sólo hacen ofertas de campaña y luego no las cumplen. “El levantamiento de junio del 90 es una respuesta a esa actitud politiquera” (Tcm. EM. F. Fiallo, 1992: 30)<sup>9</sup>. Cabe recordar que los militares critican el discurso de toma de posesión de Borja, en que declara que Ecuador es un país plurinacional, es una oferta de campaña, con la diferencia que Borja se vio obligado a cumplirla.

La política es buena según el concepto de política, pero desgraciadamente en nuestros países se toma a la política como algo de usufructo personal, aquí no se gobierna, no hay ética [...] (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 84).

---

<sup>7</sup> Los militares latinoamericanos realizan hacia los años 60-70 una evaluación del el panorama de la historia política del hemisferio y llegan a la conclusión de que la ineptitud y corrupción de los políticos civiles era la causa para la mala situación de los países de la región, por lo cual optan por imponer dictaduras autoritarias (Loveman y Davies, 1997:3).

<sup>8</sup> Esta afirmación nos remite a la época de la dictadura de los 70 cuando los militares justifican la toma del poder en la falta de atención de los políticos civiles a los problemas de envergadura nacional.

Se critican los errores del Estado por inequitativo, con sectores que reciben una educación insuficiente, asentados en las zonas de habitación indígena, con escuelas incompletas “de cuatro grados; forma que automáticamente elimina a los egresados indígenas y campesinos a continuar con su formación y capacitación en otros niveles educativos” (Tern. EM. N. Gudiño, 1991: 18).

Desde los albores hasta el fin de siglo los militares responsabilizan de la debilidad del poder nacional a los grupos dominantes del sector civil, porque éstos no han generado condiciones para enfrentar con éxito las amenazas en los órdenes interno y externo que atentan contra las aspiraciones de la sociedad: preservación del medio ambiente, defensa de la soberanía, justicia social, desarrollo integral, integración nacional, democracia auténtica (Tern. E. Vaca Rodas, [1999]:20). Los militares satanizan de esta manera a la política partidista que se articula al mundo profano, la de ellos es una actividad de iniciados en el culto a la Patria y ello los pone a salvo de las tentaciones de la política y les permite dar las pautas para gobernar a la nación.

### *5.2.1 El 'apoliticismo' ¿les da libertad de participar en el desarrollo?<sup>10</sup>*

Cuando los militares hablan de su apoliticismo hacen mención a las regulaciones constitucionales que les impiden participar en política, y no ven como política su acción a favor del desarrollo o como una fuente que legitima su poder. Entienden, más bien, que su acción es efectiva porque no persigue un interés “político ni religioso”, sino que trabajan por la fe a favor de las comunidades indígenas (Oficial coordinador de la Brigada Galápagos. Cfr. Falconí, 1991: 71). Con los conceptos de la Doctrina de Seguridad Nacional que trasladan el campo de batalla del frente externo al frente interno, y convierten al desarrollo en estrategia de seguridad y de defensa, se vuelve confuso el campo de acción real de las FF. AA., factor que influye en la percepción que proyectan de sí mismas y los límites de sus atribuciones. Es frecuente en su discurso hallar un sesgo justificativo, que los lleva a explicar porqué lo hacen, y reconocen que pese a que las tareas de desarrollo van más allá de sus funciones ‘tradicionales’, se han visto abocados a participar en ellas en bien de la Patria. En realidad el ‘apoliticismo’ es el manto que cubre una actividad política que busca direccionar los destinos nacionales

---

<sup>10</sup> Es interesante observar que esta parte del discurso militar de la década de los 90 pierde sentido en el 2004, pues los militares se desdican, cuando proponen se les reconozca el derecho al sufragio, lo cual implica elegir y ser elegidos, hecho que politizaría indefectiblemente sus acciones a favor del desarrollo.

a nombre de la preservación de la nación, no sólo con el desarrollo, y dota a los militares de una presencia política ambigua que favorece a sus intereses corporativos e individuales en aquella coyuntura y en otras.

### **5.3 El comunismo: antes y después de la caída del muro de Berlín**

A los oligarcas y los políticos, enemigos tradicionales de la Nación, hasta fines de la década de los 80 continúa sumándose el comunismo como amenaza que se cierne tanto sobre la Patria como sobre el cuerpo militar por ser una “doctrina exótica que ensombrece la mente y la dignidad institucional” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 10). Las estrategias de seguridad hemisférica en esta “confrontación ideológica”, surgidas treinta años atrás, conducen a la institución militar a mantenerse orientada hacia la “defensa interna, misión específica y razón de su existencia” (Myr. FFBB. O. Jarrín, 1984), de allí que se involucren en acciones de desarrollo e integración nacional para erradicar al comunismo: a fin de “salvar a aquellas clases marginales que son el caldo de cultivo” para su implantación en el medio (Tcml. de E.M. G. Monteverde, 1986: 124).

En 1989 se provocan cambios en el escenario internacional con la caída del muro de Berlín, que conlleva variaciones en el imaginario del enemigo externo, alimentado hasta tanto con las políticas de seguridad hemisférica desde mediados del siglo XX. Una vez que desaparece la amenaza comunista, ¿cuál será la que aseche al país en su lugar? Muchas son las amenazas que aún se ciernen sobre el país después del comunismo y éste sólo toma nuevas formas en Ecuador por la deficiencia de las condiciones de vida de sus habitantes, que persisten. Así, las amenazas pueden aparecer de muchas formas pero ello no implica que cambian necesariamente las estrategias que se aplican para el combate al comunismo.

#### **5.4 Un nuevo giro a la modernización y al desarrollo bajo un mismo concepto defensivo**

Hasta fines de los 80, desde los cuarteles se justifica en el combate al comunismo la implementación de programas de desarrollo rural coordinados por los militares, se busca el mejor aprovechamiento de los recursos humanos, con miras a frenar su avance ideológico, estrategia que a su vez, implica la preparación técnica de los habitantes del campo, con un esquema de entrenamiento que se sostiene en las propuestas del enfoque del desarrollo comunitario para la modernización del agro que se conjugan con los principios del desarrollo rural, aplicados también en las décadas pasadas. Con el uso de insumos y técnicas modernas de cultivo, la redistribución del recurso tierra la organización de sus habitantes (Sánchez y Freidenberg, 1998: 66), los procesos de reforma agraria apoyados por las FF. AA. durante y después de los gobiernos militares se inscriben en este contexto.

Los cambios institucionales implementados en las décadas de los 60 y 70, tendientes a conseguir procesos de desarrollo en el agro, se llevan a la práctica más sostenidamente durante las décadas posteriores, y es entonces cuando mayor relación se provoca entre las FF. AA. y los sectores indígenas.

El hito fundamental de esta relación se marca con el retorno a la democracia, con la salida del régimen dictatorial y la llegada del gobierno de Jaime Roldós. Porque las Fuerzas Armadas, que ya tenían contacto con los indígenas, empiezan a identificarse y a ampliar sus programas. (Entrevista N. 2 del 18 de noviembre, 2003).

Se pierde de vista la presencia militar en el campo, involucrada en procesos de desarrollo en aquella coyuntura cuando la profusión de instituciones privadas con este mismo fin que aparecen en la década de los 80, deja pensar que se produce una suerte de “privatización del desarrollo”, con una ausencia casi total por parte del Estado, que “fue perdiendo protagonismo como agente potenciador del desarrollo rural” (Bretón 2001: 48). Afirmarlo implica o desconocer que las FF. AA. sean parte del Estado o invisibilizar su presencia en las acciones de desarrollo rural.

Volviendo al tema de análisis, en concordancia con la visión anticomunista, la defensa como combate a esta amenaza toma un sesgo “económico definitivo” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986:11), y se explica así la presencia ‘modular’ de los miembros de la institución castrense en distintos campos que las involucran con la sociedad civil y que no se relacionan literalmente con el tema de la defensa del frente externo: industria, construcción de carreteras, campos de aterrizaje, puentes, escuelas, edificios estatales y militares en todas las latitudes del país, la

culminación de la Carta Geográfica de la Nación, conscripción agraria, forestal y piscícola, educación, Escuela Politécnica con diversas facultades y el Instituto de Altos Estudios y se justifica como “contribución a la defensa económica definitiva en la que nos hemos comprometido todos los ecuatorianos” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986:11). La intervención en ámbitos que van más allá de la guerra por parte de los militares fue trazada con oportunidad y condicionó el retorno a la democracia previa la entrega del poder en 1979 (García, 2005: 99), así se garantiza la presencia continua de los militares y su capacidad de control en las áreas productivas.

#### *5.4.1 El 'apoyo al desarrollo': una nueva concepción de la seguridad tras la firma de la paz*

La firma de la paz con el Perú (1998) resta una amenaza más a las que hasta la década pasada habían ocupado el horizonte militar y mengua a las FF. AA. campos de acción y montos presupuestarios antes destinados a la guerra; se ven abocadas a reorientar muchas de sus actividades para lo cual hallan buen destino las acciones de apoyo al desarrollo; constituye un referente importante aquel de actuar con las comunidades indígenas para que no opten por la consecución del reconocimiento de sus derechos por vías violentas, opinión que se fortalece ante los repertorios de protesta que protagonizan los indios a lo largo de la década de los 90. Es decir, ya existían todo un discurso, unas bases planteadas y las condiciones políticas para concentrar las capacidades de las FF. AA., antes destinadas a la guerra, en su proyecto de integración nacional y de fortalecimiento del frente interno, más aún ante la profundización de la crisis y la pauperización de los sectores históricamente marginados, cuya situación había empeorado y que justifican, desde el punto de vista militar, la reacción de los indios, en un sentido meramente económico:

Los militares insisten en la necesidad de observar la ecuación desarrollo y seguridad y en la prioridad que merecen las medidas preventivas que corrigen las causas de la insatisfacción para evitar que las contradicciones sociales se antagonicen y se vuelvan violentas (Moncayo, P.,[1993]: 18).

El desarrollo, en este contexto, es fuente de homogeneidad y equilibrio porque abre, a toda la sociedad, el acceso a oportunidades (Moncayo, 1996: 77). La legitimidad de la participación por parte de la fuerza pública en acciones de auspicio al desarrollo sigue siendo un punto de énfasis en el discurso militar durante la década de los 90, al

reivindicar su presencia en zonas totalmente alejadas. De ahí la cercanía que se establece entre indios y militares, porque así, estos últimos han podido conocer los problemas en que se encuentra toda la población “en especial la clase marginada como el indio, con el que ha tenido que en determinados momentos y lugares compartir su miseria y su angustia” (Tern. L. Burbano, 1991: 39).

Ante la organización indígena y su afán por ocupar espacio en la política del país, la prevención y la disuasión, basadas en el apoyo al desarrollo –¿guerra de baja intensidad? – permanecen como instrumentos estratégicos contra una posible salida violenta al conflicto, por un lado, y como mecanismos de largo aliento para cortar el mal de raíz. En esta medida, la intervención de los militares en la sociedad continúa con su carácter de función social y se mantiene como determinación castrense; con la denominación de acción cívica, sigue ligada hasta inicios de la década de los 90, a la aspiración de conseguir el desarrollo en pos de la seguridad, principio que configura el rumbo de la actividad militar frente a la comunidad en los momentos que continúan a la etapa dictatorial, arma que había sido útil en la etapa desarrollista.

Con el fortalecimiento que dan en esos momentos a su participación en el desarrollo legitiman su presencia, particularmente en el sector indígena-campesino, con tareas desarrollistas en un marco defensivo. Este tipo de intervención constituye durante los 80, el centro de la actividad militar en lo que tiene que ver con el frente interno, y toma mayor sentido en la medida que bajo la concepción de uno de sus miembros, las FF. AA. son “nervio y músculo que permite el logro de objetivos nacionales y mejoramiento material y espiritual de la comunidad, como los mismos instrumentos legales lo reconocen y reafirman” (Myr. FFBB. O. Jarrín, 1984). Se conciben seguridad y desarrollo como conceptos unívocos:

Aquella fórmula de ‘seguridad para el desarrollo’, ha sufrido un cambio profundo en su concepción realista y de acción convirtiéndose en aquello de ‘Seguridad y Desarrollo, o sea que ambas han de marchar unidas e indestructibles (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 10).

Con la eclosión de los indios organizados desde inicios de los 90 se resignifica la función social del soldado moderno, con énfasis en la acción cívica de las décadas anteriores que se retoma como “apoyo al desarrollo”, una nueva etiqueta que dota al Ejército de una mayor cercanía con los sectores más desprotegidos y con la nación en general. A partir de su participación en este tipo de operaciones los soldados adquieren una concepción nacional muy especial, porque además de estar en la frontera, en el

entrenamiento militar, mantienen contacto con los “cuadros marginados” de la población en las fronteras, en las provincias, absolutamente en todo lado (Entrevista N. 2 del 18 de noviembre, 2003).

Estas acciones comienzan a dar un acercamiento bastante intenso entre las fuerzas armadas y las comunidades indígenas; sobre todo, en la Sierra ecuatoriana (Entrevista N. 2 de 18 de noviembre, 2003).

Ésta, se convierte en la respuesta por parte de las FF. AA. ante las actitudes políticas de los indígenas, a fines del siglo XX, ello explica que este tipo de programas se desplieguen ampliamente, de manera especial en las provincias de Chimborazo y Bolívar<sup>11</sup>, de gran contingente indígena y focos de la organización. La Brigada Blindada “Galápagos” ejecuta proyectos y convenios de apoyo al desarrollo en beneficio de las comunidades de las provincias de Chimborazo y Bolívar, en los siguientes campos de acción: salud comunitaria educación y capacitación, construcción, participación social, forestación y reforestación.

Para el efecto, establecen relaciones de sinergia funcional con otras entidades, y en coordinación con ellas, realizan diferentes tipos de campañas, especialmente en el tema de la salud (s/e 1999: 57). La Brigada Galápagos participa en el área educativa a través de la dotación de maestros militares capacitados, quienes asisten en este campo a niños y jóvenes de escasos recursos, pertenecientes especialmente a los sectores indígenas. Se instalan en las provincias de Chimborazo y Bolívar tiendas comunales con productos de primera necesidad y medicamentos.

El apoyo al desarrollo reactualiza y se adapta al caso ecuatoriano desde una perspectiva que se proyecta desde la post Guerra Fría, es concebida como una doctrina, que surge y evoluciona en Ecuador, y se difunde entre los ejércitos de países centro y sudamericanos a través de los cursos de perfeccionamiento, en los que se provocan intercambios de experiencias; “se irradia en América Latina y prácticamente todos los ejércitos la aplican por el extraordinario resultado que nos dio aquí” (Entrevista N. 2 de 18 de noviembre, 2003). Desde el punto de vista militar, las actividades de apoyo al desarrollo estrechan las relaciones entre indios y militares, que tampoco es que hubieran sido distantes,

Antes, cuando no había tantos adelantos tecnológicos, para internarnos en la selva requeríamos de un contacto con los indígenas, como guías, y allí se establece ya una

---

<sup>11</sup> En 1991 se calcula que la población indígena en Chimborazo es del 67.3% y en Bolívar del 80.7%. En las dos provincias asciende a un total de 380.518 habitantes, por ello se escoge a esta zona para que se realice trabajo de apoyo al desarrollo con la población indígena (Tern. L. Burbano, 1991: 47).

relación con ellos, superando las dificultades propias del idioma y de las costumbres (Entrevista N. 3 del 28 de noviembre, 2003).

Las disposiciones del Comando General del Ejército determinan que el propósito de las actividades de apoyo al desarrollo se orienten a la comunidad “en coordinación con las entidades estatales y particulares, buscan satisfacer las necesidades de la población, especialmente del área rural, en pos de un desarrollo armónico, ello con el objeto de mantener la paz social y la seguridad interna del Estado (Cfr. Fiallo, 1992: 70). Se implementan campañas de salud gratuita, higiene, letrización, asistencia técnica agropecuaria, forestación y reforestación, construcción vial, bienestar social, adecuación de vivienda, recintos escolares; capacitación en agronomía, artesanía, crianza de cuyes, técnicas de alimentación, todo ello en beneficio de la comunidad (Fiallo, 1992; Gallardo, 2003: 115).

Una vez más el enfoque de desarrollo de la comunidad implementado ya cerca de 40 años atrás sirve de base para la consecución del desarrollo agrario con lo que se aspira a obtener mejores resultados gracias a la continuidad de estos programas que ya son conocidos en el medio militar y que, a fines de siglo, reciben mayores refuerzos dada su funcionalidad para garantizar la pervivencia institucional de las FF. AA. y del concepto de la nación unitaria. Como se puede ver, los planteamientos básicos que han regido el pensamiento militar, no cambian en lo substancial y si bien se habla de respeto al Otro, las estrategias integracionistas no varían sino que se adaptan al nuevo discurso indígena.

Se mantiene el principio de respaldar la condición agrícola del Ecuador y al indio como agente dinamizador de este potencial; desde el Ejército se ve la necesidad de que el agro y quienes lo trabajan se inserten de forma más efectiva en la economía de mercado, se apoya la comercialización de los productos del campo, ya sea a través del transporte de sus productos o con la construcción de caminos y mejora de condiciones de vida rural para que sus habitantes permanezcan en sus zonas de origen, con miras a que sean quienes hagan efectivo el proceso de modernización en las tierras que habitan, especialmente a través de la “orientación y entrenamiento adecuados de la población para que optimice sus recursos y obtenga el mejor provecho de los productos y alimentos disponibles..” (General del Ejército T. Sandoval, 2000: 9).

## 5.5 El Servicio Militar Obligatorio

Se retoma la importancia del Servicio Militar Obligatorio porque permite inculcar en los indios los valores de la cultura que los no indios, especialmente los militares, consideran como positivos. Una acción civilizatoria dirigida al sector indígena que involucra su ciudadanización y alfabetización “ha permitido al indio aprender a leer y escribir [...] amar a su patria y su terruño [...] inculca la importancia del aseo personal [...] a ser disciplinado [...] le enseña a defender a su patria” (Tern. L. Burbano, 1991: 45). La conscripción agraria militar permite además, desde este ángulo, mejorar la producción del agro, con ello los campesinos no van a los cuarteles, “sino que los soldados van al campo a trabajar con los campesinos” (Tern. L. Burbano, 1991: 45.)

Se reconoce que en determinados momentos, la conscripción ha estado destinada “sólo para el de poncho”, y en esa medida, las FF. AA. orientan sus actividades a las necesidades de ese sector de la población y su acción social se convierte en alfabetización. El SMO da prioridad a los indígenas iletrados para alfabetizarlos y dotarlos además, de “buenas costumbres”: “asearse, usar zapatos...” (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 74). Ya en su contenido real, sin embargo, la conscripción contiene un proyecto de desarrollo de largo aliento inspirado en la cultura militar, que prioriza en los valores científicos y en el conocimiento racional, más que en el fortalecimiento del poder militar a través de su ejército de reserva (Selmeski, 2002: 7).

Una vez que la situación de los indios frente al Estado es distinta, a fines de siglo, el servicio militar obligatorio también adquiere un nuevo perfil, cuando han variado las amenazas. Con la firma de la paz se produce un cambio radical en los programas de instrucción militar. Ante la baja de presupuesto para la defensa, los cuarteles ya no son los que recogen solo a indígenas, sino a muchachos de los estratos bajos, pero no necesariamente indígenas (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre de 2003). Como se expresa en líneas anteriores, la integración del indio se considera ya un hecho acabado. “Hoy se orienta contra la guerrilla, porque la amenaza es una fuerza insurgente que vendría desde Colombia, pero hay programas complementarios, dentro de las unidades militares y siempre los hubo” (Entrevista N. 2 del 18 de noviembre, 2003).

## 5.6 ¿Por qué los militares?

En este escenario defensivo, el soldado se constituye en “guardián del honor patrio [...] centinela de sus fronteras, recurso en todas las horas de la vida nacional y fiel intérprete de los ideales y sentimientos ciudadanos” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 10); así, a más de constituirse como vocero de la ciudadanía, se mira a sí mismo como “obrero de acción”, y puede serlo gracias a su ética que se dibuja en el patriotismo, en el civismo, en el cumplimiento del deber y en sus metas de libertad, justicia y derechos que se traducen en un “imperio del orden, integrado y con independencia económica” (Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, 1986: 10).

Los militares se perciben a sí mismos no como “invitados de piedra”, su participación en política entra en esta lógica en la medida que tienen que ser elementos dinámicos que hagan conocer los problemas e insinúen su solución (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 73). Así, si ellos, por sus funciones, se hallan en contacto con la problemática de los ‘más pobres entre los pobres’, como definen a los indígenas, se ven en la obligación de participar y buscar formas de apoyo a este sector de la sociedad.

El conocimiento que adquieren de la realidad por las funciones que cumplen los aventaja frente a otras instituciones que al desconocer la verdadera situación de las poblaciones, “malgastan los fondos del Estado”, pues entregan insumos sin que éstos sean necesidades sentidas. Entre los militares, al contrario, se conoce la realidad de cerca y por tanto pueden darse soluciones reales a problemas reales. Articulan una autopercepción mesiánica a su misión civilizatoria frente a los habitantes de la Amazonia a quienes ‘rescatan’ de la situación de retraso en la que se hallan. Si no fuera por los militares “[...] estarían todavía con taparrabo y no saldrían de allí...” (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 83). En esta medida, su participación en el desarrollo del país ha sido definitoria en cuanto a la integración de los indios se refiere.

Como ya lo manifiestan desde principios del siglo XX, los militares pueden dar cumplimiento a su función social porque a más de contar con los medios para hacerlo, los aprovechan positivamente, sin que tengan un presupuesto asignado para el efecto: vehículos, combustible y, sobre todo, la “buena voluntad de trabajar” (Oficial coordinador de la Brigada Galápagos. Cfr. Falconí, 1991: 70). La ausencia de maestros

que desde la sociedad civil acudan a suplir las necesidades educativas de la población rural se soluciona con profesores militares (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre, 2003). Existen entre ellos quienes cuentan con altos niveles de formación no relacionados solamente con el ámbito militar. En 1994, “el 67% ha realizado estudios secundarios, el 21% ha cursado estudios superiores y el 1% postgrados, un 12% tiene solo estudios primarios” (García, 1994: 180). Por otro lado, muchos de los miembros de la Institución tienen título de pedagogos, porque han realizados estudios en este campo en la Escuela Politécnica del Ejército.

A fines de siglo XX e inicios del XXI, pervive idea de que las FF. AA., particularmente la fuerza terrestre, constituyen un soporte de “extraordinario valor” en el apoyo al desarrollo de los pueblos “por su capacidad, profesionalismo, solidaridad, organización, disciplina y en razón de los recursos materiales y técnicos de que disponen...” (Gral. T. Sandoval, 2000: 9).

Como queda dicho, los militares no sólo tienen que ser buenos, sino parecer buenos, de allí que sean de su interés los niveles de credibilidad que alcanzan frente al resto de la sociedad, y particularmente frente a los indios (Moncayo, P. s/f: 12). Con un manejo del tema que puede analogarse con una estrategia de *marketing*, para publicitar un producto de consumo, se resaltan los altos niveles de credibilidad que consiguen entre la ciudadanía: “el elemento militar es el más sano en nuestro medio, por eso es que tiene mayor credibilidad, y eso se ha dado en Chimborazo [...] son las comunidades las que van hacia los militares” (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 80).

Durante las coyunturas que se analizan, tales argumentos los colocan en una posición de competencia por la representatividad frente a la ciudadanía con otros sectores que también se hallan en igual contienda: “después de la Iglesia y los medios de comunicación, FF. AA. tienen la mayor acogida, y hasta existen momentos que se han colocado en niveles más altos que la propia Iglesia (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre, 2003).

Los militares pueden participar con la sociedad en la solución de sus problemas, porque son parte de este conglomerado –forman parte del pueblo–, y de allí su interés por fusionarse con la colectividad se mantiene latente con una retórica que remarca en la pertenencia de los militares a los estratos medios y populares, como factor que

delimita el que “se deban” al pueblo, razón que también justifica su intervención en el desarrollo<sup>12</sup> y sus mayores niveles de popularidad.

Surgido el Ejército de la entraña del pueblo, su actitud de evolución y de integración total, la está demostrando con su activa y eficiente participación en el desarrollo y progreso del país (Ministerio de Defensa Nacional, 1986: 9).

Gracias a ello se hallan en mayor contacto con la realidad, los políticos – que también cuentan entre la competencia –, no tienen esa cercanía, en cambio el militar entra en los lugares más atrasados y está abocado no sólo a vivir “sino a absorber la problemática de esta sociedad [...] se preocupa [...] y se siente obligado a colaborar” (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 72). El conocimiento de la realidad que consiguen gracias a las funciones que cumplen los aventaja frente a sus adversarios en esta competencia y no participan, por tanto, en igualdad de condiciones.

Resultan aventajados, asimismo, por la experiencia conseguida en el campo del desarrollo, que ya ha cumplido más de 50 años de tareas para su consecución, lo que demuestra que sus actividades no son improvisadas sino que parten de una experiencia, lo cual les faculta ampliamente a intervenir a favor de quienes lo requieran (General en servicio pasivo. Cfr. Falconí, 1991: 83). De esta manera, los militares asientan su efectividad en la importancia de la continuidad de sus acciones, esa continuidad no es factible entre los gobiernos civiles por su poca estabilidad en sus funciones y la escasez de tiempo que media entre un gobierno y otro. Entre los militares no ocurre aquello porque los cambios en la cúpula no hacen que la institución pierda de vista las acciones que implementa con antelación, sino que las continúa a lo largo del tiempo, porque involucran los objetivos de la entidad. Es decir que su participación en función social se halla ya institucionalizada.

### *5.6.1 La capacidad del militar para coordinar las acciones*

La percepción que los militares tienen de sí les atribuye a participar como coordinadores del desarrollo frente al resto de instituciones del Estado y privadas. Igual que para la guerra, se supone que ellos están preparados para organizar y planificar la realidad. Así, frente a su dedicación al desarrollo, consideran que lo que han hecho es justamente “coordinar a fin de trabajar mancomunadamente” (Oficial coordinador de la Brigada

---

<sup>12</sup> En el año 1993, en el contexto de un acuerdo que se firma entre la dirigencia indígena con las instancias pertinentes de las FF. AA. también el discurso indígena les dice a los militares que son pueblo (Ministerio de Defensa Nacional, 1993)

Galápagos. Cfr. Falconí, 1991: 70) y en ese sentido, el resto de instituciones del Estado han dado mucha apertura a la intervención de las FF. AA.

Hacia el año 93, la coordinación se da directamente entre los militares y las instituciones de representatividad indígena; las FF. AA. promueven un encuentro entre comunidades indígenas y militares con el fin de delimitar las necesidades reales del sector y establecer cómo se puede dar el apoyo militar, con base en acuerdos iterinstitucionales coordinados por los militares<sup>13</sup>. El afán unitarista entre civiles y militares, enunciado ya por quienes les anteceden en el siglo XX temprano, se mantiene presente y se materializa también a través de la participación armada en el desarrollo nacional:

Debemos unirnos todos [...] quienes estén dispuestos a trabajar [...] campesinos y militares, indígenas y uniformados tomando en cuenta que tenemos los mismos anhelos de bienestar y que pertenecemos a una misma Patria (Ministerio de Defensa Nacional, 1993: 71).

La función militar, en este escenario, es la de generar sincronía entre las instituciones estatales del país (Myr. FFBB. O. Jarrín, 1984). Se reconfirma así su autopercepción como ente coordinador del desarrollo al interior del Estado nacional. El Programa “Alas para la Salud” trabaja coordinadamente con el Ministerio del ramo para brindar “atención de salud a las áreas marginales” o a zonas a las que el resto de instituciones del Estado no logran llegar (Crnl. S.M.S. Av. L. Machuca, 1986: 117). Se propone la participación del Ministerio de Obras Públicas para la construcción de vías de comunicación, que se coordinen y se realicen a través del Cuerpo de Ingenieros del Ejército<sup>14</sup>.

Como consecuencia de la derrota del 81 en Paquisha que demanda un mayor control en la frontera Sur y bajo el paraguas de contrarrestar el posible avance del comunismo, las FF. AA. dan prioridad a las zonas fronterizas de las provincias de Loja, El Oro, Zamora Chinchipe, Morona Santiago, Pastaza, Napo, las cuatro últimas corresponden a la Amazonia, ocupadas ancestralmente por comunidades indígenas. Se propone establecer diálogos interinstitucionales a favor del desarrollo que respeten las formas jerárquicas que operan al interior de la institución armada; así, los altos mandos

<sup>13</sup> En este encuentro propiciado por los militares se sellan acuerdos entre la FENOC, el Ministerio de Vivienda y la ESPE, para colaborar con el desarrollo de los indígenas.

<sup>14</sup> Ya desde la primera mitad del siglo XX el Cuerpo de Ingenieros del Ejército cumple el rol de unir al país a través de vías de comunicación. Son los militares quienes trazan y construyen, a través de esta instancia, las carreteras que van a la Amazonia, dada la importancia que desde el sector armado se concede a esta región (Cfr. Dpto. de OO.PP. militares del MDN, 1946).

canalizarían las propuestas a través del Ministro de Defensa Nacional, hacia los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, con el objeto de prevenir cualquier influencia extraña entre los “focos periféricos”, que dadas sus malas condiciones de vida, “pueden revelarse contra la sociedad y el Estado” (Tcnel. de EM. G. Monteverde, 1986: 125). La guerra históricamente ha permitido la militarización de la sociedad ecuatoriana, y los militares no han dejado pasar estas coyunturas para acaparar espacios de participación que legitiman su funcionalidad en el sistema y ante la ciudadanía dadas las necesidades de la defensa.

### *5.6.2 Una autopercepción mesiánica*

Del pensamiento militar irradia una autopercepción de tintes mesiánicos que configura sus actividades como actos de salvataje frente a la situación de desamparo en que viven los indios, “sólo los militares lo han hecho” (Entrevista N. 3 del 28 de noviembre, 2003) y en calidad de ‘servicio’ a los ecuatorianos. En las poblaciones extremadamente apartadas, muchas veces son los destacamentos militares los únicos medios de unión de sus habitantes con el Estado y con el resto de la sociedad nacional; y solamente a través de los militares la población marginal puede formular sus demandas al Estado.

Uno llega a lugares de tres o cuatro o ninguna casa y poco a poco se forma una población alrededor del destacamento, que trae de todo, y se integra con la sociedad que habitaba allí [...] Los cuarteles atraen a la gente [...] En las zonas de población indígena, éstos también tienden a situarse en torno al cuartel (Entrevista N. 3 de 28 de noviembre, 2003).

Se consideran los únicos que conocen la verdadera situación de la pobreza ante “la falta de conciencia de la población urbana frente al problema indígena” (Tcrn. L. Burbano 1991: 48). Ante la pobreza que constatan apoyan a los pobladores desde los propios destacamentos y sus niños asisten a las escuelas creadas para los hijos de los soldados acantonados en la zona, estas escuelas tienen maestros militares y lo hacen con un espíritu de solidaridad.

Su intervención, se interpreta como un acto de sacrificio, en el que se resalta que actúan sin presupuesto entregado expresamente para el tipo de tareas en que emprenden, ¿de dónde consiguen entonces los medios? A decir de uno de sus representantes, a comienzos de la década de 1990, a través de convenios con instituciones estatales o privadas, nacionales y extranjeras (Oficial coordinador de la Brigada Galápagos. Cfr. Falconí, 1991: 70). En todo caso, las prácticas económicas de las FF. AA. no se

transparentan, manejadas bajo el secretismo, al amparo de la Ley de Seguridad Nacional, “Ecuador es el único país en donde aún se excluye al parlamento de sus funciones de legislador y fiscalizador con respecto a los asuntos militares” (García, 2005: 100).

Su intervención de los militares en funciones que van más allá de sus tareas defensivas se halla envuelta en todo un discurso a favor de la Patria. Bajo el signo del apoyo al desarrollo –función social o acción cívica–, adquieren un carácter clientelar-asistencialista, que ante la ausencia del Estado vuelve a estas poblaciones dependientes de los servicios del Ejército. El asistencialismo es una tendencia de ayuda a quienes lo necesitan que se relaciona con una visión humanitaria (Cfr. Ortiz, 2004) y se explica en el ideario militar a través de lo que se entiende como la “moral militar”, práctica humanista que busca la justicia social: “dar a cada uno lo que le corresponde: justicia conmutativa, distributiva y legal” (Moncayo C., 2000: 46).

Se estima que la justicia es reproductiva de Justicia Social por provenir de la formación y perfeccionamiento militar y que, a más de mostrar una preocupación del ser humano como persona, ha de reflejarse en las obras que realiza (Moncayo C. 2000: 46).

Se produce cuando los militares, al llegar a los rincones más recónditos del país, constatan las necesidades de la población. En las zonas de frontera, por ejemplo, hasta por sentido común, hacen una aproximación hacia el pueblo. En muchas oportunidades se trata de asentamientos sin ningún tipo de servicio: “Si ese pueblito no tenía médico y nosotros teníamos uno, entonces, íbamos con el médico”. Si bien, su misión específica es la de proteger la frontera, las crecientes necesidades de los ecuatorianos los llevan a asistirlos a través de los medios con los que cuentan. “Traíamos tanqueros de agua desde Arenillas y los compartiríamos con la población civil, desde luego. Eso también es acción cívica” (Entrevista N. 2 del 18 de noviembre, 2003). Ellos mantienen relación con las comunidades amazónicas donde “no entra nadie”, y puede sentirse la pobreza. Estos factores humanizan al soldado frente a las necesidades del resto.

Generalmente, donde se establece un cuartel, también se establece una población, por el desarrollo que esto mismo genera, así como por los beneficios que recibe la gente que se va asentando allí, luz, agua [...] (General en servicio pasivo. Cfr. Falconi, 1991: 83).

### **5.7 Los indios organizados en el discurso militar en las últimas décadas del siglo**

El tema de la organización indígena, en la década de los 80, provoca opiniones a favor y en contra. Los shuar que, como se ha detallado ya anteriormente, inician su aglutinación orgánica desde la década de los 60 a instancias de la comunidad religiosa de los salesianos<sup>15</sup>, llaman positivamente la atención de los militares. Desde sus filas critican, por un lado, la posición de este sector de la Iglesia Católica, al tratarse de “sacerdotes ‘progresistas’ más preocupados por los problemas sociales y por las necesidades terrenas de sus fieles que en el gran problema de su salvación eterna” (Mayor FF.BB O. Jarrín, 1984). “Progresismo” que resulta peligroso por su relación con el marxismo, que para ciertos los militares es una ideología extraña que puede resultar dañina para los objetivos de la Nación que imaginan.

En contraste, los comentarios favorables a la acción de la Iglesia entre los indios se desprenden de los ‘adelantos’ que los shuar alcanzan gracias a la influencia religiosa, y se reconoce como legítima la organización de este grupo amazónico. Son posiciones que se desprenden del propio conocimiento militar de la zona oriental y de las necesidades de sus habitantes, en vista del abandono del que han sido objeto históricamente por parte de los poderes centrales o por el Estado, de allí que hubiesen contado con el apoyo de otros organismos como la Iglesia. Aunque ello no implique que se deje de lado el discurso de su desindianización, se legitima su actitud organizativa desde una visión de nacionalismo multicultural, que plantea el respeto a los rasgos propios de la cultura, dentro de los marcos tolerables, bajo condiciones negociadas que involucran proyectos de desarrollo comunitario, tendientes a conseguir “una vida individual, familiar y social en condiciones dignas de la persona humana” (Propuesta de la Federación Shuar citada por Crnl. J. Andrade, 1984: 36).

Se reconoce que desde el sector armado hubo una actitud de “Dios y Ley”, frente a los indígenas amazónicos que ya no se da; y más bien se ve la necesidad de que las FF. AA. mantengan una disposición favorable y se las apoye “para el desenvolvimiento de la vida de todos los ecuatorianos que habitan en las inmediaciones de las guarniciones, poniendo a la orden los servicios de que disponen: transporte aéreo,

---

<sup>15</sup> El tema de la organización shuar se trata con mayor detenimiento en el capítulo 3 de este trabajo.

atención médica, etc.” (Crnl. J. Andrade, 1984: 57). Desde el ámbito militar se vislumbra en la participación shuar y en su organización, un medio para difundir la educación cívica entre los indígenas, para conseguir su integración completa a la sociedad nacional, con un esquema en el que los indios puedan mantener sus tradiciones y orientar sus energías hacia su beneficio individual y comunitario.

### *5.7.1 La racialización de la diferencia como contradiscurso frente a la organización indígena*

Desde el punto de vista de uno de los miembros de la institución castrense, la condición de inferioridad de los indígenas está determinada geográficamente, “el hombre es reflejo de la tierra...” (Tcrn. EM. L. Burbano, 1991: 3)<sup>16</sup>. Desde este punto de vista, en la Sierra, la atmósfera rarificada del páramo no favorece el desarrollo mental en toda su amplitud de quienes lo habitan, por ello las facultades cerebrales de los indios de la serranía sólo alcanzan un nivel medio, de donde no han conseguido elevarse (Tcrn. EM. L. Burbano, 1991: 3). Este factor define la condición de deficiencia mental, sumado a la pobre alimentación que consiguen en los páramos, dada la poca productividad de la tierra y la escasez de caza de la zona, que transforman a quien la habita en “un hombre triste por naturaleza”; se organiza en comunidades ante la “imposibilidad de vida individual” por su “precaria vida agrícola” (Tcrn. EM. L. Burbano, 1991: 3). Con un pensamiento positivista que comprueba lo que supone con métodos científicos se justifica la condición de inferioridad del Otro, argumento que justifica la acción desarrollista del Ejército en la zonas de páramo y cuestiona las capacidades organizativas de los indios.

Las tierras amazónicas, “pobres para la agricultura pero ricas en caza y pesca”, hacen del hombre “un ente nómada y con tintes especiales” (Tcrn. EM. L. Burbano, 1991: 3). Se trata de “razas primitivas” que después de siglos de conquista mantienen estas características que se han marcado más aún porque en la Colonia vivieron una etapa de “servidumbre y rezago”; en la región amazónica no existieron poblaciones importantes (Tcrn. EM. L. Burbano, 1991: 5). Todas estas comunidades crecieron aisladas, formaron alianzas, pero no con fines políticos, sino para el intercambio de la producción. Con una comparación entre serranos y amazónicos, los pueblos de la Costa

---

<sup>16</sup> Guerrero (1994) realiza un análisis de las formas de inferiorización hacia los indígenas que se ejercen desde las elites dominantes no indias.

son los únicos que logran, desde esta perspectiva, algún nivel de desarrollo gracias a la cercanía del mar, según se puede notar en las avanzadas técnicas cerámicas que utilizan.

Estos argumentos explican porqué se considera a individuos en tales condiciones de estancamiento racial, como ingenuos y fácilmente manejables por ideologías extrañas que se aprovechan de la situación en que viven y los involucran en política (Cfr. Tcm. EM. L. Burbano, 1991: 48). En este sentido la conformación del movimiento indígena se da por esa vía, “si yo tengo hambre, pido comida, qué voy a estar pensando en algo que es un concepto moderno como el de la ecología, entonces hay cosas que no están dentro del problema y entonces se ve muy clara la intromisión...” (Oficial retirado. Cfr. Falconí, 1991: 77-78).

En estas condiciones, mal pueden los indígenas por sí solos formular lo que demandan: que “el gobierno otorgue amplios territorios a varias comunidades indígenas”, que se les permita conducir sus procesos de desarrollo en cuanto a construcción de carreteras, de aeropuertos o la explotación de recursos en sus territorios (Gallardo, 1998: 25). Los indios, desde esta visión, son instrumentalizados por otros grupos con intenciones políticas que despiertan sus pretensiones, así el pensamiento militar proyectan sobre el indio una idea que puede analogarse a la del ‘buen salvaje’ :

...seguramente tales pretensiones no se originaron entre los indígenas [...] ¿quiénes entonces las inspiraron y por qué?, es la pregunta que debemos desentrañar, reflexionando a fondo [...] Por supuesto no son los dirigentes indígenas sino varios políticos (Gallardo, 1998: 25).

Para los militares, esta actitud de los indios ‘manipulados’ cuestiona la visión patrimonialista que sobre sí mismas mantienen las FF. AA. al atribuirse el poder de decisión tanto sobre las necesidades de la ciudadanía en general como al interpretar desde su punto de vista particular el sistema democrático, “al considerarse los dirimientes y depositarios últimos del estado de derecho” (Rivera, 2001: 196). Manipulados o no, no se tolera desde el ámbito militar que los indios propongan sus alternativas de desarrollo pues tradicionalmente éstas han sido impuestas por quienes han conducido los destinos del país con base al conocimiento de sus necesidades, de otra forma no serían efectivas.

Nuevamente se puede verificar que en torno al tema indígena no existe una posición monolítica al interior de las FF. AA. y que si existen sectores que consiguen una visión más acotada a la realidad de los indígenas para aquellos momentos, éstos conviven con otros que mantienen la mirada que de los indios se tiene hacia la primera mitad del siglo XX.

## 5.8 Las distintas caras de la guerra

La integración nacional es tomada como un hecho práctico y para conseguirla los militares recurren a los medios a su haber, desde los cuarteles se propicia la integración indígena en un plano defensivo, ya para entonces los indios son admitidos a enrolarse en las FF. AA., pueden aspirar a promociones y gozar de los mismos fueros que los uniformados no indios. La Brigada de Fuerzas Especiales de elite del Ejército ecuatoriano, tiene asentado su comando en la provincia de Cotopaxi con el 80% reclutas que vienen de las comunidades indígenas, se aspira de esta manera a que estos sectores se integren a través de las FF. AA. y, no solo la comunidad de la provincia del Cotopaxi, sino todos los movimientos indígenas de la Sierra. Este mayor contacto con los indios permite a las FF. AA. fomentar un “respeto profundo hacia las diferentes comunidades indígenas de la Sierra” (Entrevista N. 2 del 18 de noviembre, 2003). Una vez que los indios integran las filas de las FF. AA., y que han participado en la defensa nacional, también la institución castrense se ha convertido en una instancia de integración en sí misma, ya no sólo a partir del servicio militar obligatorio.

Como consecuencia de la derrota que sufren las tropas ecuatorianas en la guerra de Paquisha (1981), desde las FF. AA. se buscan nuevas alternativas que superen la debilidad de la que dan muestras sus estrategias bélicas ya desde el año 41. Se toma como importante la integración en las filas nacionales a los indígenas de la zona que la conocen, y se reactualiza así el mito épico de la defensa de la Patria india frente a los conquistadores por parte de los propios héroes indígenas, cuando se piensa en los guerreros de selva indios, y se plasma en la realidad el mito heroico de los héroes militares indígenas que dieron sus vidas por salvar el suelo patrio. En este contexto, la relación entre indios y militares tiene cada vez mayor continuidad y ello facilita otro tipo de contactos interétnicos ausentes hasta entonces en la historia nacional.

...en la formación militar, se fomenta el reconocimiento de los valores ancestrales míticos de Atahualpa, de Rumiñahui, de Quis Quis, de Calicuchima, vemos que nuestros indígenas fueron gente de mucho honor, de mucha dignidad, que defendieron su suelo ante las invasiones incásica y española, y así empieza, ya no se lo denomina ‘indio’, sino que se le da un título europeo, que es el de ‘General Rumiñahui’ [...] estudiamos muchos textos de historia militar y sobre todo, la génesis de la historia militar ecuatoriana, la encontramos en Atahualpa y Rumiñahui (Entrevista N.2 del 18 de noviembre, 2003).

En término de tácticas militares, se capta la necesidad de constituir “tropas organizadas, equipadas y entrenadas para combatir en la selva” (Gral. J. Gallardo, 2003: 111); sigue vigente la idea de la ‘guerra moderna’, expuesta ya por los militares de la primera mitad del siglo XX, cuando se plantea la necesidad de fundir lo militar con lo civil como medio de defensa colectiva de la Nación, y de militarizar a lo civil con fines tácticos. Se fortalece la conciencia en torno a que “La voluntad del pueblo, dispuesta a contribuir de diferentes formas a la Defensa Nacional, debía ser organizada con la debida anticipación” (Gral. J. Gallardo, 2003: 111).

Se dan pasos para formar, de manera sistemática, soldados indígenas, especializados en combate de selva que se agrupan en los Batallones de *Iwias* (diablos de la selva), creados con antelación con soldados no indios. Se integran en este proyecto a indios de distintas comunidades: shuar, achuar y kichwas. Si bien cumplen con la carrera militar y sus condiciones de jerarquía: comienzan como soldados y consiguen los ascensos de acuerdo al conocimiento militar que adquieren, como cualquiera de sus compañeros, lo hacen de forma diferenciada, tanto porque la exigencia académica para ellos es “un tanto diferente”, como porque su preparación pone mayor énfasis en las operaciones de guerra en la selva exclusivamente, por sus habilidades ancestrales para supervivir en ese medio y desplazarse en él. Pese a ser vistos como soldados excepcionales en unidades este tipo, se recalca en el trato diferenciado que se otorga a los soldados indios una vez en los cuarteles, pues “su idiosincrasia, con tendencia a una total independencia requiere de tratamiento especial y acondicionamiento de las normas y reglamentos militares” (Crnl. EM. J. Andrade, 1984: 25).

A los indígenas que no son selváticos, y quieren enrolarse en el Ejército, se les exige el título de bachiller y el cumplimiento del SMO. Pero a los de selva se les da otro tratamiento (Entrevista N. 1 del 24 de noviembre de 2003). A diferencia de los conscriptos kichwua los soldados amazónicos, especialmente los shuar, son valorados por sus destrezas bélicas y el conocimiento del medio selvático, así como por las aplicaciones militares que estas particularidades les otorgan (Selmeski, 2001: 6), así a los primeros se les entrena para los trabajos agrícolas y a los segundos para la guerra. Al interior del cuartel los soldados selváticos son vistos como “guerreros naturales” que forman “un solo cuerpo” con el medio, se cree que estos “nativos” tienen destrezas “parecidas a las de los animales” por la virtud de su condición étnica. Se reconoce como positiva su esencia “salvaje” (vista antes como negativa) y se le dota de una nueva funcionalidad en la medida que justamente aquella se torna condición positiva en cuanto

al conocimiento del campo de batalla en el que regularmente habitan, lo cual los vuelve instrumento clave para la defensa en las condiciones bélicas que se producen en la región en disputa.

Para los indios, desde el pensamiento militar<sup>17</sup>, ésta constituye una nueva fase de ciudadanización que los integra de forma más definida<sup>18</sup>. Se resalta la buena disposición por parte de los shuar para participar en el Ejército; se reconoce al mismo tiempo, que su intervención en asuntos defensivos les da la posibilidad de sobresalir entre los suyos, de participar en lo que se suele considerar como “una forma ideal de vida [...] la forma de vivir del blanco”, lo cual les confiere “un cierto tono de autoridad de la que se rodea por el hecho de vestir un uniforme” (Crnl. EM. J. Andrade, 1984: 26).

Esta nueva modalidad de participación en la defensa de los indios amazónicos coloca a la guerra, en medio de movilidad social para los indígenas, se replica la idea de las fronteras vivas, pero con una nueva dimensión, si entonces se les entregan tierras, en la guerra se les entregan las armas a quienes dejan de ser vistos como potenciales enemigos. Atribuye, a su vez, a cada individuo una nueva situación de superioridad militar, frente al resto de connacionales y, particularmente, frente a los de su comunidad local, primero porque la propia comunidad los escoge entre “los mejores” y porque las propias FF. AA. reconoce que son “los mejores”.

A raíz de la emergencia internacional de 1981, debido a un acuerdo tomado con el Comando de la Brigada Pastaza, la Federación Shuar, en una demostración de profundo amor patrio, estimuló *a sus mejores hombres* para que se integren a las filas del Ejército, con el propósito de enfrentar al tradicional enemigo; de estos jóvenes surgió la base para conformar la primera unidad militar de especialistas en la guerra de selva, constituida exclusivamente con indígenas del Oriente Ecuatoriano (Crnl. EM. J. Andrade, 1984: 58) (las itálicas son mías)<sup>19</sup>.

La noción del “nacionalismo multicultural” (Selmeski, 2002) se expresa claramente en esta estrategia de integración desde una perspectiva triple: seguridad-desarrollo-defensa. Las FF. AA. han manifestado su eficiencia para actuar de esta forma en beneficio de la integración nacional. Se pretende excluir los prejuicios y la discriminación, tanto al interior de los cuarteles como entre la ciudadanía, y reconocer que en lo que constituye la Nación ecuatoriana se habían asentado, ya hace mucho tiempo, sociedades humanas

---

<sup>17</sup> El análisis sobre el significado que tiene para los indios su participación en la guerra se analiza con detenimiento en el capítulo 4. En este capítulo, se pone énfasis en lo que los militares opinan sobre ese mismo tema y otros.

<sup>18</sup> Entre los principios de la Geopolítica consta aquel del Aumento de la Capacidad Ciudadana, entendido como la suma de patriotismo, más cultura, más capacidad militar de un Estado (Cpfg. EM. R. Espinosa, 1989: 79).

<sup>19</sup> El discurso militar hace uso constante de esta alusión a “los mejores hombres”, cuando se refiere a quienes integran o van a integrarse a la institución armada.

cuya capacidad de dejarnos una herencia sociocultural que pueda ser fuente de orgullo patrio y fundamento para la construcción de una sociedad vigorosa (Crnl. EM. J. Andrade, 1984). De esta forma, se permite que los shuar pertenezcan a la institución, sin que dejen de lado sus costumbres características “en tanto éstas no afecten la reglamentación vigente o los derechos de sus compañeros de armas” (Tnt. Crnl. J. Andrade, 1984: 64). Se pone en práctica en este sentido, el mismo principio de tolerancia que cuando se permite el uso del *huango* a los soldados indígenas.

También la práctica de las “fronteras vivas”, aunque ya se aplica en épocas anteriores, retoma el tema de la guerra como elemento de integración y se reactualiza en esta década como consecuencia de la guerra de Paquisha. La idea, estimulada por Coronel Gonzalo Barragán<sup>20</sup>, deriva de la “Ley de las pausas expansivas de las fronteras naturales”, uno de los principios en que se basa la Geopolítica, en el que se expresa que “las fronteras naturales robustecen al Estado y facilitan su evolución, dándole eficaz protección” (Cpfg. EM. R. Espinosa, 1989: 80). La propuesta se centra en aplicar los principios de la colonización, de la acción cívica y la integración, para la ocupación de zonas de frontera con habitantes de la región<sup>21</sup>, a quienes se les entrega en propiedad el pedazo de terreno a donde se trasladan con sus familias, se los capacita militarmente con bases de patriotismo y responsabilidad cívica y en técnicas agrícolas; se retoman así los elementos propuestos para la conscripción agraria militar (CAME) y el desarrollo comunitario. Se da una simbiosis entre seguridad, desarrollo y defensa de la soberanía territorial, con un elemento más, la integración de los colonos a la sociedad dominante, concretamente a los colonos indígenas<sup>22</sup>.

El conglomerado humano más apto para desarrollarse en la región Oriental está constituido por los aborígenes y, si de crear fronteras vivas en las zonas más afectadas por del diferendo limítrofe con el Perú se trata, es la comunidad shuar la que debe ser considerada (Crnl. EM. J. Andrade, 1984: 30).

Se acude a la construcción de carreteras en la Amazonia para integrar físicamente al país y fomentar la creación de fronteras vivas. En esta década, las FF. AA. obran de manera que las comunidades indígenas de la Amazonia cuenten con los “elementos

---

<sup>20</sup> También se atribuye al Crnl. Barragán la difusión de la idea de la Conscripción Agraria Militar Ecuatoriana.

<sup>21</sup> Tómese en cuenta que aquí se expone el ideal de esta práctica defensiva, en la realidad no se ubicaron en la frontera sólo a colonos oriundos de la zona, sino también a población de otras regiones trasladada hasta estos espacios que no necesariamente fueron indígenas, lo cual trajo tensiones por la colonización de tierras ocupadas.

<sup>22</sup> Sobre el fomento de fronteras vivas se trata, con mayor detenimiento, en el capítulo 4 del presente trabajo.

necesarios para su desarrollo y comunicación” (Ministerio de Defensa Nacional, 1984: 136).

### *5.8.1 Utilización de la guerra como instrumento de integración y la presencia de un nuevo actor político*

Un nuevo enfrentamiento ecuatoriano-peruano de corte territorial estalla a inicios del 95. La preparación premeditada para la guerra por parte de las FF. AA. luego de la derrota del 81 en Paquisha da para entonces buenos resultados, el triunfo lo obtiene Ecuador, que cuenta con la participación de soldados indígenas formados a raíz de los enfrentamientos de Paquisha, 14 años atrás. A los *Iwias*, grupos integrados por soldados indios y no indios se les juntan, en esta oportunidad, los *Arutam*, que surgen ya no de la iniciativa oficial, sino de la de los propios indígenas de las etnias shuar, y achuar<sup>23</sup> quienes se enrolan en el Ejército en condiciones especiales, lo que deja entrever que pese a su aparente apertura frente a los indios, los militares consideran a unos de mayor categoría que otros.

La presencia indígena entre las filas militares confiere a este episodio bélico un carácter pluricultural y multiétnico. Selmeski interpreta este episodio como una reformulación cultural de la nación, a partir de la cual se altera el proyecto mestizo al interior de las FF. AA. y los indígenas son vistos más bien como “ciudadanos étnicos, cuya participación en la defensa no era solamente una aspiración sino como un factor crucial, si la patria debía ser preservada y protegida para las futuras generaciones” (Selmeski, 2001: 4). Este autor concluye que “las semillas del nacionalismo multicultural fueron detectadas al interior de los cuarteles antes de que fueran captadas entre muchos otros segmentos de la sociedad o de las entidades estatales” (2001: 4)<sup>24</sup>.

A la presencia de soldados indígenas formados militarmente, conocedores de la selva y de las disciplinas de guerra, se atribuye en gran medida, el buen término, para Ecuador, de este incidente bélico. Ello, no solamente eleva la imagen de las FF. AA., sino también la de los indígenas como grupo, lo cual los fortalece y se convierte en una

---

<sup>23</sup> “Integrados por maestros shuar que se unieron para conformar frentes de defensa civil para preservar sus territorios ancestrales, quienes obtuvieron el apoyo y el entrenamiento profesionales (Duchicela, 1995: 75).

<sup>24</sup> Fueron los propios Arutam quienes escogieron esta denominación. Según Selmeski (2001: 5) este hecho es muy importante desde el punto de vista antropológico porque en la mitología shuar, los Arutam no matan por placer, sino para adquirir poder político y espiritual. Matar a los enemigos peruanos ofrece la posibilidad de adquirir un alma poderosa, acción que cuenta con la aprobación estatal, y no sería castigada, como cuando se daban las guerras intraétnicas, de carácter ritual (Selmeski, 2001: 6).

evidencia más de su nivel de integración y de su interés por conseguirlo cuando “defendieron con convicción y entereza el territorio ecuatoriano” (Duchicela, 1995: 75). Expresa un lenguaje compartido en la defensa de una misma Nación, siempre a partir de su adscripción étnica. Desde este discurso se entiende lo multicultural como lo diverso, unido por un nexo nacional “una nación única dispuesta a defender su honor” un honor que se capta como “integración nacional” que parte del respeto a la diferencia étnica (Duchicela, 1995: 75).

Resulta interesante contrastar opiniones, entre 1939 y 1995, en torno a la capacidad de los indio de participar en eventos bélicos y en la defensa nacional. En 1939 se los visibiliza como “incapaces de resistencia moral para un esfuerzo prolongado, serían una tropa inepta para una defensa de larga duración” (Chirboga, L. 1939: 628). Entre tanto, hacia los 90, lo que antes pudo haberse visto como condición de inferioridad pasa a entenderse como habilidad innata que los vuelve aptos para la guerra y por tanto para su integración a la nación, “Utilizan la lanza y las trampas mortales hábilmente diseñadas con gran iniciativa [...] los indios ecuatorianos [...] formaron parte de los batallones de elite para rechazar el ataque de las fuerzas militares peruanas” (Fiallos, A., 1997: 80). Los shuar simbolizan su milenario carácter guerrero que fue ratificado en la defensa nacional contra la agresión peruana” (Fiallos, A., 1997: 80). Esta nueva actitud hacia los indios reviste un “desprecio benigno” (Selmeski 2001: 1), el estereotipo racial que se asigna a varios grupos concebidos como incapaces de colaborar con las FF. AA., pero que irónicamente son reconocidos, en lo posterior, y reclutados por las mismas razones que antaño fueran rechazados. Cuando se rompe la homogeneidad del actor indio con un funcionamiento orgánico primordial y esencial, ésta queda en entredicho, no obstante que en situaciones dadas, pueda reconstruirse como estrategia. ¿Asistimos, quizá, a una “etnización épica? (Rivera 2004, comunicación personal).

### **5.9 Indios y militares: los estragos de fin de siglo**

La etapa 80-90 representa, para la historia global y nacional, un momento de cambios radicales, que coinciden con la finalización de un siglo. En ese momento de ruptura generalizada se inscribe la eclosión del movimiento indio en la escena política ecuatoriana, que recibe una respuesta en tono similar -político- por parte de las instancias de la defensa nacional. La conversión de los indios en un nuevo grupo de

presión obliga a los militares a replantear -e incluso a reelaborar- su discurso integrador, que no pierde su carácter de estrategia de la defensa nacional. El principio de mestizaje, que opera con fuerza durante la dictadura de Rodríguez Lara, pervive con nuevos rasgos a partir de la década de los 80 con nuevos ingredientes que tienden a una tolerancia limitada frente a las diferencias de los indígenas. Finalmente, el 21 de enero de 2000, los indios organizados encabezados por el presidente de su organización, Antonio Vargas y los militares representados por un grupo de coroneles encabezados por Lucio Gutiérrez aparecen en una acción conjunta en la que defenestran al presidente de turno, episodio que merece ser leído como un acto de cooptación del movimiento indígena por parte de los coroneles que la protagonizan que a su vez fuera utilizada por la cúpula militar para defenestrar a Mahuad en respuesta a sus malos manejos de gobierno y a la situación de crisis que viven las FF. AA., luego de la firma del tratado de paz con el Perú.

Tres años después, el 15 de enero de 2003, indios y ex militares consiguen llegar al poder por la vía electoral (Alianza 3-18), gracias a las simpatías que atrae el movimiento indígena visto, por el resto de ciudadanos como posible alternativa a los políticos de siempre y, por parte de Gutiérrez, al prestigio que gana con la caída de Mahuad en enero de 2000. Ya en el poder, el grupo de ex militares no hace partícipes al de los indios de las decisiones del Ejecutivo y rompen esa relación, quedando los segundos al margen y en la oposición, y los primeros, de tumbo en tumbo al tratar de controlar la situación del país, hasta el 20 de abril de 2005, cuando tras días de protesta, protagonizados particularmente por la ciudadanía de Quito, Gutiérrez es descalificado por el Congreso, aunque con argumentos poco convincentes.

Para mantener la línea de análisis del presente trabajo, cabe observar que la caída del gobierno gutierrista es el resultado de una serie de manejos equívocos que caen en las mismas críticas que los militares tejen contra los políticos, el populismo y la oligarquía, desde inicios del siglo XX. Bajo la idea de desplazar a los políticos tradicionales por su incapacidad de gobernar, él y el equipo de militares en servicio activo y pasivo entre los que cuentan muchos de sus familiares y allegados -que ocupan cargos en instituciones clave del Estado como son las aduanas, las de manejo petrolero o las telecomunicaciones- tampoco dan muestras de brillantez en el manejo del poder, como lo dejan sentir el manejo económico y político que se da que demuestran todo lo contrario. Una vez más, asistimos a un escenario de crisis generalizada: de la política y los actores de la política, de la institucionalidad del Estado a instancias del propio

gobierno de turno; por la utilización del populismo bucaramista y del PRE por parte de Gutiérrez, cuyo partido conformado por militares coopta el Congreso, acude a recursos populistas para contentar a la población; hace un uso clientelar de las FF. AA. que se prestan a su juego, y salen muy vulneradas en su unidad corporativa, ya en situación endeble desde la firma de la paz con el Perú; arremete contra la institucionalidad del país al cesar a la Corte Suprema de Justicia para acomodar otra que favoreciera el retorno del ex presidente populista Abdalá Bucaram, defenestrado en el 97 (al igual que él en el 2005) y entre otros errores más, maneja una política entreguista al gobierno de Estados Unidos, del cual se declara el principal aliado y al pago de la deuda externa que va en detrimento de la economía y particularmente de los sectores populares. Como bien lo anota Bertha García (2005: 97), “sus dos años de gobierno fueron todo menos la ‘refundación del país’ que prometió”.

Por su parte, los indios y su partido Pachakutik dan muestras del debilitamiento que les vale el paso por el poder con más pena que gloria y la CONAIE se halla preocupada en su reorganización interna también lesionada por causas afines, que han diluido el liderazgo social que consiguiera anteriormente (Páez, 2005). Los indios más bien están dando muestras de su capacidad de gobernabilidad a través de sus representantes en los gobiernos locales.

Queda por preguntarse en este punto, si los militares se suma a las amenazas que se ciernen sobre la nación, ante su prepotencia y miopía y su incapacidad de discernir entre sus intereses corporativos y los de la Patria que dicen defender, pese a que lo repiten hasta el hastío en la retórica de todo un siglo.